



Cuadernos de Neuropsicología / Panamerican Journal of Neuropsychology

ISSN: 0718-4123

polanco.roberto@gmail.com

Centro de Estudios Académicos en Neuropsicología
Chile

García, José E.

A ciento cincuenta años del nacimiento de Edward
Bradford Titchener: Coincidencias y diferencias con Wundt.

Cuadernos de Neuropsicología / Panamerican
Journal of Neuropsychology, vol. 11, núm. 3, 2017
Centro de Estudios Académicos en Neuropsicología
Chile

DOI: <https://doi.org/10.7714/CNPS/11.3.206>

Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=439656187017>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

UAEH  redalyc.org

Sistema de Información Científica Redalyc

Red de Revistas Científicas de América Latina y el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso
abierto

A ciento cincuenta años del nacimiento de Edward Bradford Titchener: Coincidencias y diferencias con Wundt.

One hundred and fifty years after the birth of Edward Bradford Titchener: Coincidences and differences with Wundt.

Há cento e cinquenta anos do nascimento de Edward Bradford Titchener: Coincidências e diferenças com Wundt.

[1] Universidad Católica, Asunción, Paraguay. ORCID ID 0000-0001-6949-3593

Dirección: Casilla de Correo 1839, Asunción, Paraguay. Correo electrónico: joseemiliogarcia@hotmail.com

RESUMEN

En el 2017 se cumplen ciento cincuenta años del nacimiento del psicólogo británico Edward Bradford Titchener, quien ha sido caracterizado como el principal representante de la psicología de Wundt en los Estados Unidos. Titchener estableció una corriente de amplia repercusión en la psicología norteamericana de comienzos del siglo XX, llamada estructuralismo, que influyó en la definición del perfil de la psicología hasta finales de la década de 1920, para luego caer en el olvido. También fue uno de los exponentes conspicuos de la metodología experimental, especialmente en la vertiente que adoptó la introspección. La producción intelectual de Titchener y su mentor alemán, Wilhelm Wundt, se han considerado como equivalentes, dejando para Titchener el simple rol de un difusor fiel de las ideas wundtianas en Norteamérica. Pero un examen detenido permite

descubrir algunos aspectos disonantes con esta perspectiva. El presente artículo incluye un análisis sucinto, hasta donde ello sea posible, de la psicología de Wundt, exponiendo a continuación la de Titchener, con el propósito de buscar sus convergencias y divergencias. Su objetivo básico es una reevaluación de la psicología de Titchener y el lugar que le corresponde en la historia de la psicología. El estudio se apoya en una revisión de fuentes primarias y secundarias y en una discusión crítica de los principios centrales de su teoría, los aspectos que aún pueden considerarse válidos, y sus relaciones con Wundt.

Palabras clave: Edward Bradford Titchener; Wilhelm Wundt; psicología experimental; introspección; historia de la psicología.

ABSTRACT

2017 marks the 150th anniversary of the birth of the British psychologist Edward Bradford Titchener, who has been characterized as the main representative of Wundt's psychology in the United States. Titchener established an approach of wide repercussion in the early twentieth-century American psychology, called structuralism, which influenced the definition of psychology's profile until the late 1920s, and then fell into oblivion. He was also one of the conspicuous exponents of experimental methodology, especially on the slope of introspection. The intellectual production of Titchener and his German mentor, Wilhelm Wundt, have been treated as equivalent, leaving to Titchener the simple role of a faithful diffuser of the Wundtian ideas in America. But a closer examination reveals some dissonant facts with this perspective. The present article includes a succinct analysis, as

far as possible, of Wundt's psychology, then exposing that of Titchener, in order to seek their convergences and divergences. Its basic objective is a reappraisal of Titchener's psychology and its place in the history of psychology. The study is based on a review of primary and secondary sources and a critical discussion of the central principles of his theory, the aspects that still can be considered valid, and its relations with Wundt.

Keywords: Edward Bradford Titchener; Wilhelm Wundt; experimental psychology; introspection; history of psychology.

RESUMO

Em 2017 faz cento e cinquenta anos do nascimento do psicólogo britânico Edward Bradford Titchener, quem foi caracterizado como o principal representante da psicologia de Wundt nos Estados Unidos. Titchener estabeleceu uma corrente de ampla repercussão na psicologia norte-americana de princípios do século XX, chamada estruturalismo, que influenciou na definição do perfil da psicologia até o final da década de 1920, para logo cair no esquecimento. Também foi um dos expoentes conspícuos da metodologia experimental, especialmente na vertente que adotou a introspecção. A produção intelectual de Titchener e seu mentor alemão, Wilhelm Wundt, foram considerado como equivalentes, deixando para Titchener o simples rol de difusor fiel das ideias wundtianas na América do Norte. Mas um exame detalhado permite descobrir alguns aspectos

dissonantes com esta perspectiva. O presente artigo inclui uma análise sucinta, até onde for possível, da psicologia de Wundt, expondo a continuação a de Titchener, com o propósito de buscar suas convergências e divergências. Seu objetivo básico é uma reavaliação da psicologia de Titchener e o lugar que lhe corresponde na história da psicologia. O estudo se apoia em uma revisão de fontes primárias e secundárias e em uma discussão crítica dos princípios centrais da sua teoria, os aspectos que ainda podem considerar-se válidos, e suas relações com Wundt.

Palavras-chave: Edward Bradford Titchener; Wilhelm Wundt; psicologia experimental; introspecção; história da psicologia.

El perfil histórico de Titchener

Edward Bradford Titchener es, para la psicología de nuestros días, una figura casi desconocida. Su enfoque teórico y la metodología que defendió, así como los libros publicados durante su carrera académica, los problemas científicos a los que se enfrentó, o las soluciones que les dio, son asuntos en los que hoy pocos piensan, o resultan de muy escasa atención actual. Sus investigaciones raramente se mencionan en la literatura psicológica contemporánea (Hothersall, 1997). Sólo en el marco de los estudios que rastrean y explican los orígenes históricos de la psicología, Titchener despierta cierta familiaridad para quienes se ocupan de los pormenores de la disciplina en sus facetas temporales, y es fácil constatar que todos los textos le dedican porciones importantes de sus contenidos. La situación, sin embargo, resultaba enteramente distinta en los comienzos del siglo XX, cuando Titchener se encontraba al frente de una de las grandes escuelas representativas de la psicología estadounidense, y probablemente la más emblemática junto al funcionalismo de corte evolucionista, que dominaron la escena teórica en los Estados Unidos antes del surgimiento del conductismo en 1913. En ese momento, el predicamento de Titchener al interior de la psicología norteamericana era indiscutible. Fue un referente de peso en algunos de los debates que tuvieron lugar en el contexto de formación de la psicología moderna, lo que le sitúa como uno de los artífices que más ayudaron a conferirle su estructura. En el transcurso de las décadas siguientes, los cambios en los supuestos conceptuales sufrieron desplazamientos en las direcciones que tomó la psicología, haciendo que los preceptos que marcaron su orientación quedaran atrás, decreciendo cada vez más en su fuerza inspiradora para las nuevas generaciones de investigadores. El punto que nos incumbe debatir es si él se reduce simplemente a ser una presencia de significación histórica entre los que articularon las expresiones iniciales del pensamiento psicológico, o si el aporte que le compete aún tiene algo que decir a los psicólogos del presente.

Titchener nació en Chichester, una ciudad del sur de Inglaterra, el 11 de enero de 1867 y falleció el 3 de agosto de 1927 en los Estados Unidos. Boakes (1989) lo retrató en términos muy singulares, al describirlo como un inglés que pensaba como alemán, pero residía y enseñaba en Norteamérica. Realizó sus estudios superiores (bachillerato) de lengua y literatura clásicas en el Brasenose College, uno de los que constituyen la Universidad de Oxford, y durante el quinto año de permanencia en esa institución trabajó en su laboratorio de fisiología, conduciendo ensayos de psicología comparada y etología (Hothersall, 1997). Muchas de sus primeras publicaciones fueron en el área de la biología. No había tenido otro entrenamiento previo en ciencias, salvo el que obtuvo en su pasantía de un año en este recinto fisiológico. Luego se trasladó a la Universidad de Leipzig, donde practicó en el laboratorio de Wilhelm Wundt (1832-1920) y quedó profundamente impresionado por su trabajo. Esta fue, de hecho, una influencia intelectual que le duró toda la vida y marcó a fuego su carrera. La visión tradicional sobre la figura de Titchener lo presenta como alguien destinado a propagar fielmente la tradición de Wundt en los Estados Unidos. Algunos textos modernos continúan viéndolo de esta manera, pese a que reevaluaciones muy criteriosas (Leahey, 1981) demuestran que sí mantuvo ciertas discrepancias con su antiguo maestro, y no fue un simple seguidor dogmático. Pero al calibrar las relaciones entre ambos hombres las cosas parecen algo más complejas, ya que la imagen que nos ha llegado de Wundt, en muchos de sus conceptos esenciales, se halla muy desfigurada por el influjo que tuvieron las ideas titchenerianas, a tal punto que varios de los principios que atribuimos usualmente a Wundt, incluyendo el componente cardinal de la introspección, en realidad pertenecen al psicólogo británico (Malone, 2009). Pero, indudablemente, hubo una adscripción básica al modelo de Leipzig. Titchener nunca cesó de insistir en que éste era el único que verdaderamente convenía a la psicología científica (Danziger, 1990).

En Leipzig, Titchener permaneció dos años, hasta que consiguió su doctorado en 1892. Después retornó

a Oxford, donde trabajó como conferenciante de biología, pues a causa del desinterés institucional no logró establecer allí un laboratorio psicológico, como era su deseo (Cheung Chung & Hyland, 2012). Pero el verdadero propósito fue ahorrar suficiente dinero para realizar un viaje a los Estados Unidos (Evans, 1984). En eso estaba cuando, ese mismo año, recibió la oferta de trasladarse a la Universidad de Cornell, en Nueva York, a ocupar una posición como profesor asistente. También ocupó la dirección del laboratorio, que su colega Frank Angell (1857-1939) había fundado el año anterior, pero dejó vacante para ejercer funciones similares en la recientemente establecida Universidad de Stanford. En Cornell, el trabajo de Titchener no sólo tuvo sensibles repercusiones para la psicología, sino que ayudó a difundir un enfoque secular y científico hacia la mente, ayudando a contrarrestar las influencias religiosas que por entonces dominaban la vida académica en esa institución (Smith, 2013). Al parecer, Titchener no planeaba quedarse por mucho tiempo en los Estados Unidos, pero ocurrió todo lo contrario. Su estancia se extendió por los veinticinco años siguientes, hasta su muerte en agosto de 1927, a raíz de un tumor cerebral (Benjamin, 2006). Pese a ello, nunca adoptó la ciudadanía estadounidense (Hergenhahn & Henley, 2013). Titchener dejó bien marcadas sus huellas en la psicología norteamericana. No solo fue un escritor prolífico, sino que destacó en el oficio de traductor, poniendo al alcance del lector en lengua inglesa varias de las obras fundamentales de la naciente psicología germana. Entre ellas se cuentan algunas de las que escribió Wundt, como las *Conferencias sobre psicología humana y animal* (Wundt, 1894), que fue el primero de los libros del maestro alemán al que pudo accederse en inglés, y cuya traducción realizó conjuntamente con el filósofo norteamericano James Edwin Creighton (1861-1924); los *Principios de Psicología Fisiológica* (Wundt, 1904) y los tres volúmenes que componen la *Ética*: Una investigación sobre los hechos y leyes de la vida moral (Wundt, 1902), tarea que desarrolló con la filósofa Julia Gulliver (1856-1940) y la psicóloga Margaret Floy Washburn (1871-1939), famosa por sus estudios en el

área de la psicología comparada (Washburn, 1917). Además, Titchener tradujo el *Bosquejo de Psicología* de Oswald Külpe (1862-1915), que éste dedicó a “mi venerado maestro Wilhelm Wundt, en sincera gratitud y afecto” (Külpe, 1895) y la *Introducción a la Filosofía* (Külpe, 1897), del mismo autor, en colaboración con el psicólogo estadounidense Walter Bowers Pillsbury (1872-1960). Para Titchener, la psicología era y debía ser una ciencia básica de laboratorio, y se empeñó en mantenerla separada de la psicotecnología, es decir, las aplicaciones a los problemas humanos (Bunge & Ardila, 2002).

Sobre las condiciones individuales de Titchener también se deslizaron estereotipos y malentendidos, varios de los cuales describe muy bien Evans (2014). Era una personalidad abrumadora, con una tremenda fuerza de carácter que impresionaba y hasta atemorizaba a sus estudiantes. Siempre se encontraba en prosecución del modelo de profesor erudito que era típico de los catedráticos alemanes. La franqueza de Titchener era tal que no tenía reparos en llamar idiotas a quienes sustentaban opiniones que no igualaran sus estándares personales. Pero sobre todo, Evans (2014) desmiente que fuese un misógino, creencia que se origina en el hecho de que las mujeres no eran invitadas a participar de las reuniones de su Sociedad de Psicólogos Experimentales, que eran convocadas por Titchener una vez al año para discutir proyectos de investigación de manera abierta e informal y a fumar colectivamente, una costumbre varonil que no estilaban las damas de la época. En contrapartida, Titchener las incentivó a tomar parte de la rutina académica, fue quien más tesis doctorales de mujeres dirigió, e intercedió para que muchas ocuparan puestos en la universidad, aún a costa del parecer adverso de sus decanos. Por todo lo cual, los ciento cincuenta años transcurridos desde el nacimiento de Titchener, que se cumplen en el 2017, brindan una excelente oportunidad para reflexionar sobre diversos aspectos de su figura histórica y explorar la validez que aun pueda mantener su concepción psicológica, o al menos determinados tópicos. En esa línea, este artículo persigue como objetivos primarios: a) Estudiar las ideas centrales que

Edward Bradford Titchener introdujo en la psicología estadounidense de finales del siglo XIX y comienzos del XX; b) Analizar los conceptos de Titchener y en particular sus nociones sobre la psicología experimental y el método introspectivo; c) Estimar las conexiones reales de la teoría de Titchener con la de Wilhelm Wundt y d) Examinar la vigencia de su concepción en el marco de la psicología contemporánea. La metodología se apoya en un repaso de fuentes primarias y secundarias, con un análisis crítico de la información pertinente. En el próximo apartado, discutiremos las relaciones entre el pensamiento del maestro y el alumno célebre.

El escenario de la psicología wundtiana

La psicología moderna se constituyó gradualmente a partir de una serie de tradiciones intelectuales e intereses de investigación cuyos orígenes se sustentan en muy diversas raíces y procedencias locales y nacionales. El panorama existente con anterioridad a 1900 fue sintetizado por Benjamin (2008), distinguiendo las siguientes tendencias: a) lo que denomina una psicología popular, que comprende un grupo de movimientos con pretensiones y alcances muy dispares entre los que incluye a la frenología, la fisiognomía, el mesmerismo y el espiritismo. En ocasiones, estos recibieron el calificativo de pseudocientíficos, aunque esa tipificación oscurece ciertos aspectos válidos en, al menos, las tres primeras (García, 2016); b) una rama médico-psicológica o psiquiátrica; c) una psicología con fundamento en la filosofía mental y relacionada estrechamente con el empirismo británico o el realismo escocés, y centrada en varios temas atinentes a la conciencia humana; d) una cuarta línea, que también asimiló esta filosofía de la mente y que, junto al estudio de la fisiología de los sentidos y la neurofisiología, desembocó en la psicología experimental alemana, iniciada por Wundt y e) finalmente, el de la psicología aplicada. De hecho, el establecimiento del laboratorio en un recinto de la Universidad de Leipzig en 1879 ha sido considerado por las reconstrucciones históricas tradicionales de la psicología como el punto

clave, la frontera privilegiada, para el comienzo de la institucionalización; una suerte de locus classicus en el plano que concierne a la imagen consolidada de la psicología científica y sus representaciones sociales simbólicas (Nicolas, 2005). En las primeras décadas de historiografía de la disciplina, y en los primeros textos sistemáticos sobre su desarrollo temporal, la versión típica era que la psicología, con antelación a las iniciativas de Wundt, constituía una rama o un capítulo integral de la filosofía. Luego, merced a la instauración de este laboratorio, la psicología especulativa cambió su perfil, se convirtió en ciencia y adquirió plena autonomía.

Sin embargo, hay que pensar que antes de Leipzig ya pueden hallarse ejemplos en el uso de la metodología experimental, por lo menos parcialmente, con la indagación de los fisiólogos alemanes de inicios del siglo XIX e inclusive en algunas de las investigaciones que Rene Descartes (1596-1650) condujo en el más estricto sigilo nocturno para escapar al dedo acusador de la Inquisición. Tampoco es correcto que toda la psicología posterior a Wundt haya sido necesariamente "científica". Para autores como Hatfield (2002), el que se considere al año 1879 como el de la fundación definitiva de la psicología experimental ensombrece la continuidad disciplinaria y teórica con una psicología natural y filosófica, y trasunta la idea de una confrontación muy fuerte entre psicólogos y filósofos al comenzar el siglo XX, lo cual no describe fidedignamente el estado real de las cosas. El asunto es que, independientemente de lo que pueda debatirse con relación a estos puntos de vista, y sus correcciones o equívocos, transmiten una impresión bastante clara del significado que se asignó a la instalación de este equipamiento como una marca definitoria respecto a la imagen de cientificidad que se anhelaba para la psicología. Pero el laboratorio, por sí solo, no es una realidad aislada. Su aparición y organización se producen en el contexto de una formulación teórica precisa, de un proyecto de investigación concreto, al que su utilización debía resultar completamente funcional. Esta es la dimensión en que debe comprenderse la psicología de Wundt, o parte de ella ya que, como ha sido remarcado con referencia a

la *Völkerpsychologie*, Wundt no tuvo realmente una psicología, sino dos. Pronto tendremos ocasión de volver más detenidamente sobre este punto.

La apreciación de los psicólogos hacia Wundt y las características de su trabajo no permaneció inalterada en el tiempo. Por el contrario, tuvo variaciones en el lapso de algo más de una centuria, como resultado de una serie de factores que, aunque exógenos a la psicología misma, afectaron las perspectivas concernientes a su carácter de ciencia. Como señala Blumenthal (1985), uno de esos elementos fue el desplazamiento del liderazgo académico internacional desde las universidades germanas a las estadounidenses, y la consecuente transferencia que arrastró esta preeminencia en el plano de las corrientes científicas, incluidas las psicológicas, a partir de su meca original en Alemania hacia Norteamérica. Esto favoreció, al menos durante las primeras décadas del siglo XX, a un reemplazo de las orientaciones mentalistas alemanas por aquéllas centradas en el análisis objetivo del comportamiento. Pero los cambios de posición no sólo obedecen a estos aspectos. De los psicólogos que vivieron en el siglo XIX, nos dice Merani (1982), Wundt es el único que ofrece un estudio completo y sistemático de los problemas de la psicología. El contenido de su producción psicológica es inmenso (Wertheimer, 2012). Su obra, densa, larga y compleja, es una de las más abundantes en cantidad de páginas publicadas. Abarca unas 53.735 carillas elaboradas a lo largo de los sesenta y ocho años de actividad profesional, que corren de 1853 a 1920 (Simonton, 2002). En la línea que define la investigación de los individuos eminentes (Simonton, 1999), centrada en la estimación cuantitativa de la productividad demostrable y evaluada según el número de hojas impresas divulgadas por un autor, no caben dudas que Wundt califica como uno de los más fructíferos. Considerando lo dilatado de esta producción, no es del todo extraño que se deslizaran algunos malentendidos e incomprensiones relativas a las orientaciones filosóficas que subyacen a su trabajo, por lo que las representaciones erróneas e incompletas son más comunes de lo esperado. Sin embargo, el gran volumen de los escritos, por sí solo, no es un elemento

suficiente. De acuerdo con Ovejero Bernal (1994), a los angloamericanos en general y a Titchener en particular, les resultaba harto difícil comprender a cabalidad el pensamiento alemán, debido esencialmente a su formación empirista. Por todo esto, Blumenthal (1985) consideró que la caricaturización de Wundt y sus satélites intelectuales es una de las mayores equivocaciones en la historia. Hemos de ver que Titchener, quien corrientemente pasa por ser el intérprete más calificado de Wundt en los Estados Unidos, contribuyó en mucho a esa inadecuada representación. Con el transcurrir de los decenios, el sistema teórico propuesto por Wundt no fue seriamente discutido o refutado, sino abandonado y sustituido (Fernandes Marcellos & Araujo, 2011).

Un hito fundamental para configurar la perspectiva histórica tradicional respecto a Wundt ha sido el influyente libro de Edwin G. Boring (1886-1968), *Historia de la psicología experimental*, cuya primera edición data de 1929 (Boring, 1983). Richards (2002) calificó esa interpretación como la versión “canónica” de Wundt. Alumno dilecto de Titchener, Boring profesó hacia su maestro una admiración especial. Titchener, a su vez, lo consideraba su mejor discípulo (Caycho, Barboza Palomino, Arias, Gallegos & Salas, 2016; Caycho Rodríguez, Arias Gallegos & Barboza Palomino, 2015). La autoridad de su enseñanza dejó un rastro profundo en la vida profesional de Boring, así como en su manera de pensar y escribir (Tur, Samper, Mestre & Pérez Delgado, 1997). La concepción que reflejó en su texto, y que alcanzó una considerable influencia por lo mucho que se vendió y leyó, fue casi la misma que pergeñó Titchener. La imagen que éste tuvo sobre la nueva psicología, altamente idiosincrática en opinión de Danziger (1979), se dirigía hacia una caracterización predominante como ciencia natural, que se reforzó con el advenimiento del conductismo, pero sin menospreciar los antecedentes que se registraron en autores como Jacques Loeb (1859-1924), Herbert Spencer Jennings (1868-1947) y otros investigadores del comportamiento animal. Boring difundió el criterio de que el elemento distintivo de la psicología wundtiana era su condición

experimental e introspectiva. La aseveración no resulta del todo inexacta, aunque es parcial, porque no abarca todas las facetas importantes. El problema es que en estas descripciones se ha enfatizado unilateralmente sólo un aspecto de Wundt, descuidando inusualmente a los demás. Empero, Boring no preconizó simplemente un esbozo parcializado de Wundt, sino de Titchener también (Tortosa, Catalayud, Carbonell & Pérez-Garrido, 1995).

Jones & Elcock (2001) son de los que piensan que la historia del laboratorio en Leipzig constituye uno de los mitos fundacionales de la psicología, aunque esgrimen el razonable punto que, si el libro de Boring es visto como lo que realmente es: un recuento temporal de la psicología experimental, podría ser apropiado sustentar una reconstrucción cronológica que inicie con la comunidad de psicólogos que por primera vez utilizó el método. Pero como esta obra se ha presentado a menudo en cuanto historia de la psicología general, la noción de un inicio definitivo pierde toda congruencia. Si concordamos en que Titchener fue el principal modelador de esta visión particular sobre el enfoque wundtiano, cabe asumir que otros pudieron efectuar presentaciones en la vertiente contraria, conservando una aproximación más fiel y apegada a lo real. En tal sentido, Danziger (1979) observa que el psicólogo estadounidense Charles Hubbard Judd (1873-1946), traductor de los Bosquejos de Psicología (Wundt, 1897), fue quien verdaderamente representó el auténtico espíritu wundtiano en los Estados Unidos, y no precisamente Titchener. Más adelante veremos que esta afirmación también ha sido cuestionada. Aun así, Costall (2006) hace la interesante puntualización de que el presunto carácter hegemónico del introspeccionismo de Wundt-Titchener como una tendencia dominante en la psicología norteamericana de comienzos del siglo XX fue, en gran medida, una invención, o al menos una exageración de John B. Watson (1878-1958), en su esfuerzo por delimitar una teorización psicológica contra la que el conductismo pudiera ser valorado como alternativa genuina. Las alusiones de Watson al modelo de Wundt apenas se encuentran en las publicaciones iniciales, y como Costall (2006) señala correctamente,

sólo es referido en dos ocasiones en su primer libro (Watson, 1914): en la página 21, discutiendo el afecto como una conducta instintiva, y en la página 319, donde menciona la región del cerebro que Wundt asumía como asiento de la apercepción. No obstante, en los trabajos subsiguientes, las menciones aumentaron, a tenor de las necesidades de Watson de consolidar su movimiento y darle una fisonomía diferenciada.

Lo cierto es que el pensamiento de Wundt es denso y no cabe siquiera la pretensión de sintetizarlo en una exposición resumida, pues comprime múltiples niveles y cada uno es susceptible de recibir un tratamiento por extenso. Asimismo, Wundt fue un hombre de lecturas e intereses muy diversos. No era solamente un psicólogo, sino también un lógico, un metafísico y un filósofo, en el más amplio sentido que cabe al término (Brett, 1921). Si bien el punto focal de este artículo es Titchener, nos serán de utilidad algunas concisas referencias a las formulaciones psicológicas de Wundt, y en especial, aquellas ideas que influyeron en su discípulo británico, ya sea por aceptación o contraposición. Wundt se graduó como médico en 1855, y además con honores, en la Universidad de Heidelberg (Greenwood, 2009). Tenía entonces veintitrés años. Tras recibirse, y luego de un semestre de investigación en neurociencia en Berlín, aceptó un puesto como ayudante de Hermann von Helmholtz (1821-1894), nuevamente en Heidelberg. Allí, igualmente, enseñó Fisiología (Murray, 1999). También fue asistente de Johannes Müller (1801-1858). Ambos fisiólogos alemanes se cuentan entre los exponentes principales de la psicofísica, un área que prosperó en la primera mitad del siglo XIX y constituyó un antecesor directo de la psicología experimental. Tanto los psicofísicos como Wundt fueron tributarios de la tradición cartesiana, al aceptar la división entre sensación y percepción, la idea de que las sensaciones son conducidas por las fibras nerviosas y, sobre todo en el caso de Wundt, que la conciencia o la voluntad son procesos “centrales” o “superiores” (Hoffman, Cochran & Nead, 1990). Históricamente, los psicofísicos fueron los primeros en incorporar el experimento como método para el estudio de los fenómenos psicológicos. Ellos

perseguían la comprensión de las bases fisiológicas con la intención de analizarlos en uso de una metodología objetiva y con el auxilio de un tratamiento cuantitativo de las relaciones entre variables. Las conexiones entre este grupo y Wundt fueron muchas, y para nada casuales. Cuando uno de los más eminentes, Gustav Theodor Fechner (1801-1887) falleció, sus papeles y archivos personales fueron dejados al cuidado de Wundt (Schultz & Schultz, 2011). Y no solo eso, sino que a él le correspondió ofrecer una oración fúnebre en su velatorio (Villa, 1903). La admiración se prolongó hasta Titchener, quien afirmó que Fechner había sido el creador de la psicología (Benjamin, Bryant, Campbell & Luttrell, 1997), algo que otros autores modernos igualmente sostienen (Dupéron, 2000). El primer programa de investigación de Wundt se caracterizó por sus posicionamientos cercanos al enfoque darwiniano y a una psicología más “social” de la mente consciente e inconsciente, aunque fue perdiendo de a poco sus talentos evolucionistas, históricos, sociales e inconscientes, y otras disciplinas terminaron apropiándose de estos ámbitos de indagación (Graumann, 1993).

A lo largo de los años, Wundt se dedicó prioritariamente a la investigación fisiológica en varios laboratorios. Publicó un buen número de artículos que se incluyeron en revistas extranjeras, como en 1875 la francesa *Revue philosophique de la France et de l'étrangere* (Revista Filosófica de Francia y el extranjero), fundada por Théodule Ribot (1839-1916) (Nicolas & Murray, 1999), y la británica *Mind* (Mente), establecida por Alexander Bain (1818-1903), en 1876 y 1877 (Green, 2009a). Su éxito, sin embargo, fue moderado y en aquel momento no permitía avizorar la fama que le sobrevendría después. La antesala de la psicología fisiológica de Wundt fue la divulgación de un artículo en la revista que Max Leidesdorf y Theodor Meynert comenzaron a patrocinar en 1867. El escrito se hallaba referido a los adelantos recientes en la psicología fisiológica y llamó la atención de varias mentes notables de la época, incluido William James (1842-1910) (Diamond, 2001). Una consecuencia de estos intereses fue la publicación, siete años más tarde, de los *Principios*

de *Psicología Fisiológica* (Wundt, 1904), cuya edición original alemana data de 1874 (Wundt, 1874). Danziger (1997) apunta que nada hay de arbitrario en la elección del nombre para este libro, pues tanto los tópicos, como la metodología y los conceptos provienen de la fisiología, corroborando la dependencia de la temprana psicología experimental respecto a ese campo. Para la psicología como tal, este deslizamiento no solo implicaba la adopción de posiciones más naturalistas, sino el contacto con áreas donde se estaban produciendo descubrimientos muy importantes y contribuciones al avance científico, permitiendo a los psicólogos alternar con los fisiólogos y los médicos (Schönpflug, 2015). Pese al contexto de referencia en la fisiología sobre el que se constituyó la obra, era evidente que en ella y otros trabajos tempranos podía detectarse un interés que iba más allá de las explicaciones puramente materiales (Stratton, 1908).

Según informan Sánchez Sosa & Valderrama-Iturbe (2001), la Sociedad de Estudios Psicológicos, instituida en la ciudad de México y presidida por Ezequiel A. Chávez (1868-1946), pionero de la psicología en aquel país (Valderrama, Colotla, Gallegos & Jurado, 1994), tradujo porciones del libro, partiendo de la versión inglesa de Titchener. En sentido estricto, la expresión psicología fisiológica era un equivalente directo de psicología experimental (Wundt, 1897), por lo que el título de la obra debe comprenderse más bien en esa acepción que lo que implicaría en el lenguaje moderno, esto es, la búsqueda de los correlatos biológicos del pensamiento y el comportamiento (Hergenhahn & Henley, 2013). Wundt era muy explícito al sentenciar que estaba buscando el establecimiento de un nuevo dominio en la ciencia. Afirmaba que la fisiología y la psicología cubren, entre ambas, el campo del fenómeno vital. Demostró una extraordinaria sensibilidad para la discusión de los problemas experimentales, filosóficos y fisiológicos que afectaban de modo único a la nueva disciplina. Por ello, Robinson (1995) señala que, al igual que los británicos Alexander Bain y Herbert Spencer (1820-1903), Wundt se hallaba empeñado en aunar fuerzas entre la psicología y la fisiología, pero a diferencia de ellos, él fue un científico

activo, más interesado y competente en la aplicación de métodos y medidas destinadas a ese especial propósito.

Wundt capturó la gran mayoría de los asuntos de importancia pero, sorprendentemente, dejó escapar algunos. Uno fue la memoria, cuyos avances precursores correspondieron a un fisiólogo, también alemán, pero dieciocho años menor que Wundt: Hermann Ebbinghaus (1850-1909). Él abrió este importante campo de investigación, central para la psicología moderna. En las sucesivas ediciones de los Principios de Psicología Fisiológica, Wundt apenas hizo mención a ese tema, y nunca le consagró un capítulo entero en los gruesos tomos que escribió. Lo mismo ocurrió con otros tópicos como la imaginación y la inteligencia. Al decir de Danziger (2008), perdió el barco en lo que a la psicología de la memoria concernía. En su perspectiva, la fisiología se ocupaba de todos aquéllos fenómenos que se presentan a nosotros como percepciones sensoriales o experiencias corporales, en tanto la psicología busca dar cuenta de la interconexión de los eventos que son evidenciados en la conciencia o que inferimos de las manifestaciones de la vida orgánica en otros seres, que aparentan poseer una conciencia similar a la nuestra (Wundt, 1904). Pero si bien la separación entre lo físico y lo psicológico se aplica con la finalidad de realizar estudios científicos, la actividad del organismo es sólo una, compleja por cierto, pero unitaria. No es posible, por ello, separar los procesos somáticos y los mentales. Wundt apostó por esta unidad interactiva, siendo el anverso y el reverso de la misma realidad. Por este motivo, el epíteto de "dualista" que a veces se le ha endilgado, no es oportuno. Boring (1948), por ejemplo, decía que Wundt era dualista y paralelista en su teoría de la mente y el cuerpo. Pero el hecho es que Wundt rechazaba de manera enfática el dualismo mente-cuerpo y con frecuencia rebatió que la psicología se definiera como la ciencia de lo mental, puesto que no había algo llamado "mente" que pudiera considerarse diferente al "cuerpo" (Blumenthal, 1975). El modo particular en que fundamentó el conocimiento de los eventos mentales es lo que Leahey (1998) denominó la ruta a través de la fisiología. Sin embargo, oportunamente advertía que:

La psicología fisiológica es, ante todo, psicología. Tiene en vista el mismo objeto principal sobre el cual todas las otras formas de exposición se dirigen: la investigación de los procesos conscientes en los modos de conexión peculiares a ellos. No es una provincia de la fisiología; ni tampoco intenta, como erróneamente se ha afirmado, explicar o derivar el fenómeno de lo psíquico de aquéllos de la vida física (Wundt, 1904, pp. 2. Las cursivas en el texto original).

Esta es una de las razones que mejor parecen justificar la imagen de Wundt como fundador de la psicología: su defensa de la autonomía de ésta frente a la absorción por distintas disciplinas. Él puso los cimientos para que la psicología pudiera desarrollarse como una ciencia independiente y no supeditada a ninguna otra. El abanico de problemas que encaró fue altamente diverso, no sólo en el aspecto conceptual, sino también en el filosófico y metodológico. Wundt fue, posiblemente, el primero en considerarse a sí mismo un psicólogo, aunque lo hiciera en una etapa relativamente tardía de su existencia (Kantowitz, Roediger & Elmes, 2009). Los experimentos que inicialmente realizó concernían al estudio de los tiempos de reacción simple, que implican el reconocimiento elemental de una luz por el observador, y el tiempo de reacción por elección, que se produce cuando un individuo se ve forzado a distinguir entre dos luces de diferente color y reaccionar a cada una de manera diferenciada. Goodwin (2010) apunta con razón que este tipo de diseños fue muy popular en el laboratorio de Leipzig porque la psicología estaba tratando de afianzarse como ciencia, y ¿qué podría resultar más científico que medir ciertos eventos mentales por sólo una fracción de segundo? Pero Wundt, sobre todo, es recordado por haber puesto a la conciencia humana en el centro de su temática.

Un componente importante de esta explicación es la forma en que concibió a la disciplina. En las páginas iniciales de los *Bosquejos de Psicología*, Wundt (1897) rechazaba como inadecuadas dos definiciones que

consideró las más prominentes que circularon en la historia de la ciencia. Por una parte, estaba la psicología como “ciencia de la mente”, y por otra, como “ciencia de la experiencia interna”. La primera definición la descartó por estimarla metafísica. No era de utilidad, pues la psicología se hallaba rumbo a su configuración como área científica con el uso de métodos propios, y como un ámbito inserto en la indagación rigurosa. La segunda también era impropia, pues transmitía la impresión errónea de que la psicología debe lidiar con cosas por completo diferentes a aquéllas que constituyen la “experiencia externa”. Ciertamente, escribía Wundt (1897), determinados contenidos de experiencia se inscriben en la esfera de la investigación psicológica, como los sentimientos, las emociones y las decisiones, pero no pertenecen a los objetos que caen bajo el dominio de las ciencias naturales. Por otra parte, no existe ente natural alguno, ya sean piedras, plantas o elementos físicos, que no tenga el potencial de generar impresiones en nosotros. Ellos son, al mismo tiempo, investigados por la psicología, que busca dar cuenta sobre el origen de las ideas y sus relaciones peculiares.

Por tanto, Wundt (1897) definió a la psicología como la *ciencia de la experiencia inmediata*, y a su objeto de estudio como la *experiencia general en su carácter inmediato*, porque debía ocuparse de las experiencias psicológicas sin sufrir la interferencia de las mediatizaciones que imponen los procedimientos de investigación corrientes en las ciencias naturales. Esta categorización guarda relación directa con los sustentos intelectuales comunes de la filosofía alemana en las décadas anteriores a Wundt, y en especial la interjección que Immanuel Kant (1724-1804) había puesto sobre la psicología, arguyendo que no podría constituir un campo de exploración genuina, en su acepción de ciencia natural y experimental. Asumiendo las diferencias entre la percepción interna y externa, Kant sentenció que la psicología habría de enfocarse únicamente en las experiencias internas, sin nunca llegar a visualizarlas como eventos naturales. De este modo, las posibilidades alcanzaban solamente a una psicología empírica, que se ocupase del sentido interno o de los seres pensantes.

En la filosofía kantiana, el sentido interior no constituye una forma de intuición a través de la cual podamos hacer introspección de nuestros estados mentales (Frierson, 2014). En el tiempo posterior, varios autores intentaron superar este profundo hiato entre lo interno y externo, aunque sin mayor éxito. Kant pensó que aquella clase de análisis introspectivo, es decir la observación de uno mismo, puede entenderse como el recuento de lo que percibimos dentro de nosotros, proveyendo el material para el diario de un auto-observador, y con la probabilidad de conducir tanto al entusiasmo como a la insania (Kuehn, 2001).

En vez de situar el debate sobre lo interno-externo en términos de la divergencia que surge entre la psicología y las ciencias naturales, Wundt asumió que a cada experiencia humana corresponden dos aspectos: los objetos y el sujeto que los percibe. Estos, simplemente, constituyen distintas perspectivas sobre la experiencia, y no se hallan necesariamente desconectadas. Para él, las expresiones “experiencia externa” y “experiencia interna” no indican entidades disímiles, sino “diferentes puntos de vista” a partir de los cuales es factible iniciar el abordaje científico de un fenómeno experiencial cualquiera, que siempre habrá de ser unitario. Y aunque su perspectiva se encuentre mediada por los procesos abstractivos, las ciencias naturales estudian los objetos de la experiencia externa haciendo abstracción del sujeto que los percibe y resulta portador de los mismos, en tanto la psicología anula toda consideración a esos elementos abstractos y concentra su atención en la vivencia personal no mediatizada (van Rappard, 2004). Por estas razones, Wundt (1897) había considerado que la ciencia natural se fundamenta en la experiencia mediata, porque su práctica investigadora sólo es posible tras el abandono de la subjetividad inserta en el plano cognitivo. En contraste, la psicología trata con la experiencia inmediata porque elude estas abstracciones, con todas las consecuencias que acarrea.

De acuerdo al esquema de Wundt (1897), cuando el énfasis principal se dirige a los objetos de la experiencia inmediata, la resultante es una psicología intelectualista.

Esta deriva todos los fenómenos psicológicos, como los sentimientos, los impulsos y las voliciones, de las ideas o los procesos intelectuales. Si el acento se pone sobre el modo en que la experiencia inmediata aflora en el individuo, aparece un tipo de psicología que concede independencia a las actividades subjetivas que a la vez no se hallan referidas a objetos externos, una posición que podría denominarse psicología voluntarista, por la preeminencia que atribuye a la volición, comparada con otros eventos psicológicos. Por consiguiente, la psicología de la experiencia inmediata tiende hacia el voluntarismo. Este es un punto central en el enfoque de Wundt: la psicología no consiste sólo en comprender la conciencia como una experiencia inmediata, sino en dilucidar cuáles son las leyes que la gobiernan. En este nivel es que la noción de la voluntad, muy conectada también con la atención (Hergenhahn & Henley, 2013), gana una relevancia superlativa. Como señala Araujo (2016), surgen dos tipos distintos de actividad ante la conciencia meditativa. La primera se halla sujeta a la dirección consciente. La otra, no. Estamos aludiendo a los instintos y la voluntad. De esta manera, cabe distinguir entre las acciones instintivas y las voluntarias. Los instintos son la expresión de los motivos afectivos inconscientes y operan según el comando de propensiones mecánicas que escapan a nuestro control. A juicio de Wundt (1894), la acción instintiva es propositiva, aunque involuntaria, mitad reflexiva y mitad refleja. Siguiendo esta caracterización, una parte del comportamiento cae bajo el rótulo de "instintivo". Asimismo, las acciones voluntarias revelan el poder de la auto-determinación consciente. Todo ello guarda directa relación con la conciencia y el modo como ésta se despliega. Básicamente, radica en la unión e interconexión de los diferentes componentes psíquicos para integrar una totalidad, de tal manera que la conciencia no ha de referirse a nada que exista aparte o diferenciadamente, ni implica simplemente la suma de estos procesos. Siempre hace alusión a la forma como están relacionados los elementos, unos con otros.

La conciencia expresa la síntesis general de los agregados psíquicos y las más íntimas combinaciones en

que puede resultar. Si esta interconexión se interrumpe, como ocurre durante el sueño o en un desmayo, se dice que existe un estado inconsciente. Cuando se dan casos anormales y la disgregación adquiere una dimensión más severa, hablamos de alteraciones de la conciencia (Wundt, 1904). Además, todos los contenidos de la experiencia psíquica son de un carácter compuesto. De allí se puede inferir que los elementos psíquicos, es decir los componentes simples e irreducibles de los fenómenos psicológicos, se distinguen únicamente por medio de un análisis que se efectúa con ayuda de la abstracción. Como ya hemos visto, esos elementos se encuentran unidos de diferentes maneras. Wundt distinguió dos tipos, que atañen a los factores comprendidos en la experiencia inmediata: a) los contenidos objetivos, que también denomina elementos de la sensación o simplemente sensaciones, como un tono, una luz, el calor o el frío; y b) los elementos subjetivos, que pueden designarse elementos afectivos o meramente, sentimientos. Como ejemplos, Wundt (1904) mencionó los afectos que acompañan la experiencia de una luz, un sonido, un gusto, el calor o el frío, el dolor o las impresiones que se producen por un objeto agradable o desagradable, así como los que aparecen en ocasión de un acto volitivo.

La investigación de la conciencia debía comenzar con los procesos más básicos, es decir, las sensaciones. Estas, junto a los sentimientos, las representaciones y la voluntad, son los indicadores a partir de los cuales se reconoce la existencia de los eventos mentales. A través de ellos se podría llegar hasta la experiencia inmediata, en los aspectos que le conciernen como contenidos objetivos, esto es, sensaciones, y subjetivos, o sea, sentimientos simples (Fernandes Marcellos & Araujo, 2011). Tres procesos estrechamente relacionados y que forman un pilar esencial en la psicología wundtiana se refieren a la atención, la apercepción y la aprehensión (Wundt, 1897). La primera es el estado que acompaña la comprensión de un contenido psíquico y se caracteriza por un sentimiento especial, mientras que el fenómeno por el que cualquiera de tales contenidos es llevado a un discernimiento claro se llama apercepción. En

resumidas cuentas, la apercepción se refiere a la búsqueda intencional de asociaciones (Cheung Chung & Hyland, 2012). La percepción que no está secundada por un estado atencional se conoce como aprehensión. El contenido mental completo en un instante dado se denomina campo de la conciencia.

Es evidente que la conceptualización wundtiana y el programa teórico y de investigación que adoptó no se encuentran divorciados de su metodología. Este es otro aspecto clave. Wundt (1897) afirmó que la psicología no podría hacer uso de otras técnicas que no fuesen las que corresponden a las ciencias en general para la determinación, análisis y síntesis causal de los hechos. Los dos métodos básicos de la ciencia son la observación y la experimentación. Concretamente, un experimento es la observación conectada con una interferencia intencional de parte del espectador; mientras que la observación simple indaga el fenómeno sin que exista tal obstrucción. Ahora bien, los objetos de la naturaleza son relativamente constantes, por lo que el investigador puede tomarlos en cualquier momento y estudiarlos sin que se deban esperar mayores variaciones. Si se aplican estas consideraciones a la psicología, se encuentra que la observación sólo es posible en la forma de observación experimental, y que la psicología no puede ser una ciencia puramente observacional, pues únicamente se refiere a procesos, es decir elementos activos y cambiantes, y no objetos permanentes. Las diferencias con las ciencias naturales son ilustrativas del modo en que debe encauzarse la investigación psicológica, y de la manera como se abstraen sus contenidos:

La psicología, por el contrario, está excluida de esta abstracción por sus fundamentos principales, y las condiciones para la observación fortuita sólo pueden ser adecuadas cuando los mismos componentes objetivos de la experiencia inmediata son frecuentemente repetidos en conexión con los mismos estados subjetivos. Difícilmente puede esperarse, en vista de la gran complejidad de los procesos psíquicos, que este siempre será el caso. La

coincidencia es especialmente improbable ya que la misma intención de observar, que es una condición necesaria de toda observación, modifica esencialmente el ascenso y progreso de los procesos psíquicos. La observación de la naturaleza no es perturbada por esta intención por parte del observador, porque en ese caso nos hallamos abstraídos a propósito respecto al estado en que se encuentra el sujeto. El problema central de la psicología, sin embargo, es la exacta observación del ascenso y progreso de los procesos subjetivos, pudiendo verse que bajo tales circunstancias la intención de observar o bien modifica los hechos a ser observados, o los suprime completamente (Wundt, 1904, pp. 21. Las cursivas en el texto original).

La observación pura, por lo tanto, es imposible en la psicología individual, ya que no existen objetos psíquicos permanentes, esto es, aquéllos que se muestran inmutables a los cambios o resultan independientes de nuestra atención. También es una forma de introspección, aunque Wundt (1904) era explícito al impugnar el tipo de exploración introspectiva que había impulsado a Kant a negar a la psicología toda posibilidad de convertirse en una ciencia, es decir, ese punto de vista conforme al cual, la auto-observación podría conducir directamente a una caracterización exacta de los fenómenos mentales, sin necesidad de contar con un método más controlado, exacto y preciso. Contrariamente, una introspección verdadera y confiable debía ser aquella que colocara la conciencia bajo condiciones que permitieran el ajuste a prácticas objetivas, no al influjo de una subjetividad descontrolada. Este es un aspecto fundamental para entender correctamente a Wundt. Danziger (1980) ha discutido en profundidad esta cuestión. La dificultad estriba en que el mismo concepto de introspección resulta equívoco, porque cubre una serie de tradiciones distintas en la teoría y práctica de la introspección. Las complicaciones lingüísticas no se quedan atrás. Al pasar a Wundt del alemán a otras lenguas, especialmente al

inglés, los distintos usos del constructo se han perdido, confundiéndose indiscriminadamente, y dando paso a muchas aparentes incongruencias. Pero el problema es de los traductores, no de Wundt, que tenía bien claras las diferencias. La distinción que le preocupó a él fue entre la auto-percepción (*Sehtbeobuchrung*) y la percepción interna (*innere Wuhmehmung*). La objeción estuvo puesta en la primera, no en la segunda. Esto recuerda, en cierta manera, el anatema que a la misma interpuso Kant.

Una comprensión a fondo requería tanto el estudio del fenómeno mental externo como el interno, y para ello Wundt adoptó los métodos que estimó apropiados. El primero, aplicable al fenómeno externo, es el que mejor se conoce como la psicología experimental, de corte fisiológico. El segundo era el de la psicología de los pueblos (Leahey, 1981). Pronto explicaremos en qué consiste. La antigua psicología de la introspección confundía la percepción de los eventos internos con su observación (Danziger, 1980). Indubitablemente, los acontecimientos íntimos pueden percibirse como contingencias subjetivas, pero de ahí no se sigue necesariamente que, a su vez, puedan ser observados, en especial si se asume que esto último habrá de lograrse con una metodología que se precie de científica. La introspección, en el sentido de la auto-observación, hace naufragar la distancia elemental entre sujeto y objeto que debe presidir y mantenerse para cualquier actividad metódica en la ciencia. Por consiguiente, no podría aplicarse como estrategia válida. La única forma de "introspección" que Wundt estuvo dispuesto a aceptar, era la percepción interna. Pero incluso ésta, por sí sola, no bastaba. Era imprescindible el complemento justo de la experimentación, cuyo beneficio sería el producir condiciones similares a las de la percepción externa, y convertirse así en un objeto viable de estudio. La auto-observación experimental de Wundt debía complementarse con mediciones rigurosas. El experimento era altamente controlado, por lo que únicamente los observadores bien entrenados eran admitidos en el laboratorio, y se les presentaban estímulos físicos cuidadosamente vigilados (van Rappard, 2004). Como indica Wertheimer (2012), él

defendió el método experimental en el sentido de usar índices objetivos (como los tiempos de reacción, las asociaciones de palabras o respuestas discriminatorias a estímulos sensoriales) para el estudio de los fenómenos mentales. Junto a esto, también es necesario comprender lo que observa Danziger (1997): que esta psicología experimental albergaba propósitos algo más modestos que los frecuentes en la psicología posterior. En especial, no existía la pretensión de explicar detalladamente las motivaciones que son comunes en el tráfico de la vida cotidiana. Las investigaciones se hallaban enfocadas simplemente en los procesos de la conciencia en el aquí y el ahora, pero sin la intención de proyectar una explicación de porqué la gente hace lo que hace en una situación determinada. Eso permite ver, además, que los objetivos de una psicología aplicada estaban muy ausentes.

Wundt (1904) estableció condiciones precisas para la aplicación de los procedimientos experimentales. Sin embargo, señaló que existen algunos hechos que, aunque no sean objetos reales, se encuentran de igual modo a disposición de la psicología para su estudio, conformando entidades que gozan de una relativa persistencia e independencia del observador (Wundt, 1897). Estos son los productos mentales cuyo desarrollo se produce a lo largo de la historia humana, como el lenguaje, los mitos y las costumbres. Proviene de una comunidad de individuos que las mantienen y garantizan su permanencia en el tiempo, pero sus orígenes se hallan enraizados en los dominios de la psicología individual. No obstante, los temas mencionados corresponden al espectro de la psicología social. Esto también posibilita distinguirla del campo de la psicología individual, que por el uso predominante de su método, se denomina psicología experimental. Wundt creía que ambas, en realidad, no son tan diferentes o distantes como podría parecer, aun presentándose muy divergentes por las estrategias que utilizan.

La psicología se apoya en dos metodologías principales: a) por un lado, la experimental, destinada al análisis de los procesos psicológicos simples, y b)

por otro, la observación de los productos mentales en general, cuya finalidad es la investigación de los desarrollos superiores de la conciencia. Este último método es el que corresponde a la que fue considerada la segunda psicología de Wundt (Shiraev, 2014), a que antes hicimos una breve alusión y permite ahora una digresión. Como hemos explicado, el estudio de los individuos y las relaciones entre los elementos que componen su experiencia inmediata puede conseguirse mediante la aplicación sistemática del experimento. El punto es cómo se lleva este procedimiento a la práctica. Danziger (1990) formuló observaciones muy esclarecedoras sobre la dinámica que era común en Leipzig, donde se ensayaron algunas variantes en relación al trabajo habitual en la investigación psicofísica y fisiológica, en esencia individual, solitaria y tediosa. La innovación, que obedecía más a cuestiones pragmáticas y de necesidades organizativas predominantes en el laboratorio que a las verdaderamente teóricas, establecía ya con cierta claridad los papeles del experimentador y el sujeto como parte de los ensayos psicológicos, en los cuales uno de ellos debía ejercer la primera función y en ocasiones también la segunda, aunque de manera intercambiable. A esto se le ha denominado el modelo de Leipzig, donde la asignación de los sujetos como fuentes de datos permanece inalterada en lo que concierne a sus cometidos y funciones, en aspectos como el diseño de una investigación, su administración, el suministro de la información, el análisis, y la preparación final del reporte (Walsh-Bowers, 2004). Pero introduce la posibilidad de cambiar los roles de experimentador y sujeto experimental. Y pese a que este enfoque tiene antecedentes previos, es con Wundt con quien adquiere las características de una tradición dentro de la psicología (van Strien, 2004). La naturaleza de los procesos de la conciencia exigía un replanteo de las relaciones de los sujetos con los mismos aparatos adoptados para la medición de estos fenómenos, así como el comportamiento de aquéllos que debían actuar como asistentes en los experimentos. La misma complejidad en el estudio de la conciencia, sujeta a la influencia de variables internas y externas, así como

la dificultad del manejo simultáneo de los dispositivos y la medida de los procesos que se hallaban en consideración, impuso esta división de labores, que se hizo típica de estos primeros estudios.

Pero Wundt suponía que la investigación psicológica no debía acabar allí, y que el experimento por sí solo no bastaba para una adecuada reconstrucción del comportamiento humano. Muchos de los que han descrito los intereses científicos de Wundt, y en especial los primeros historiadores de la psicología, señalan que sus búsquedas se limitaban a los procesos perceptuales de nivel inferior. Este error se ha deslizado por los recuentos incompletos de Titchener, que solamente enfatizó los aspectos que a él le parecían importantes, y dejó de lado los demás (Cheung Chung & Hyland, 2012). Wundt, sin embargo, remarcaba que el método experimental no resultaría útil para la indagación de la vida social humana. Y puesto que es el procedimiento apropiado para la investigación del comportamiento individual, se desprende que habría que avanzar hacia otras formas que suplementasen esa aproximación con el análisis del fenómeno social, que por definición, revestía un carácter no-experimental. Así es como nace la *Völkerpsychologie* o psicología de los pueblos (Wundt, 1916), un campo que encuentra sus antecedentes lejanos, al menos en lo que respecta a su denominación, en los escritos del filósofo alemán Johann Gottfried Herder (1744-1803). Posteriormente, fue mejor delimitado por los académicos M. Lazarus (1824-1903) y H. Steinthal (1823-1899), dos seguidores del filósofo y educador germano Johann Friedrich Herbart (1776-1841) (Danziger, 1983). Al esbozar su proyecto, Wundt utilizó la misma designación que estos autores precedentes. De manera que, si la psicología evitaba sucumbir a la tentación de constituirse únicamente en el estudio de los individuos considerados en cuanto tales, habría de reconocerse, como lo hizo Wundt, que esta segunda psicología era realmente la más importante rama de la disciplina (Danziger, 2001). Para él, se hallaba lejos de ser inferior o marginal a sus intereses. Esto fue aceptado también por sus contemporáneos, uno de los cuales opinaba que su creador le había imbuido

de la solidez que sólo poseía alguien profundamente empapado en la sabiduría teórica y la perspicacia metodológica (Goldenweiser, 1933). Sobre el estilo de esta segunda psicología, Wundt afirmaba que:

Las hipótesis de la psicología de los pueblos nunca se refieren a los antecedentes de las cosas o a los orígenes que por su naturaleza son inaccesibles al conocimiento experiencial; ellas son simplemente suposiciones concernientes a un número de hechos empíricos conjeturados que, por alguna razón u otra, eluden la detección positiva (Wundt, 1916, pp. xv).

Junto a estas contribuciones a la teoría psicológica, hay que recordar el flanco institucional de Wundt. En efecto, su fama e influencia no estuvo motivada solamente por establecer el primero de los laboratorios de psicología concebidos en los términos que comenzaban a resultar corrientes en los mediados del siglo XIX, y que en la visión de un contemporáneo como Joseph Jastrow (1863-1944) había conseguido que la psicología saliera de su estado nómada y buscara nuevos hogares, como el de Leipzig, para florecer en ellos (Jastrow, 1886). La reputación de Wundt creció también por fundar en 1881 la primera revista académica que puede considerarse plenamente psicológica, pues ésta, aunque se denominara *Philosophische Studien* (Estudios Filosóficos), era en realidad una publicación centrada en la novel disciplina. En sus páginas fueron socializados los trabajos que se producían en su gabinete. Esto pese a que, durante su vida, no llegó a establecerse una cátedra independiente de Psicología o Psicología Experimental en Leipzig, y el área continuó asociado a la Filosofía, al menos formalmente, aun cuando el recinto por él instaurado se hallaba destinado a la realización de “ejercicios de psicología experimental” (Madsen, 1988), y es en este plano que obtenía el reconocimiento internacional. Pero, posiblemente, la causa de la mayor irradiación que tuvieron Wundt y su psicología alrededor del mundo fue la gran cantidad de graduados extranjeros,

de diferentes partes del globo, que en el lapso de unos pocos años peregrinaron a Leipzig para realizar sus tesis doctorales o recibir alguna clase de entrenamiento en los procedimientos experimentales. Una proporción importante de ellos, al volver a sus respectivos países, se dedicó a instituir los laboratorios originarios.

Entre estos estudiantes, varios eran estadounidenses. Hurgando en los archivos de la Universidad de Leipzig, los psicólogos Benjamin, Durkin, Link, Vestal & Acord (1992), identificaron a treinta y tres alumnos nacidos en los Estados Unidos que obtuvieron sus grados doctorales con Wundt. Muchos de los que fueron líderes de la psicología norteamericana al despuntar el siglo XX, como James McKeen Cattell (1860-1944), Edward W. Scripture (1864-1945), Lightner Witmer (1867-1956), Charles Hubbard Judd, George M. Stratton (1865-1957) y otros más, se contaban entre ellos. Psicólogos de naciones europeas, como el belga Armand Thiéry (1868-1955), que obtuvo su doctorado con Wundt, o el médico suizo Théodore Flournoy (1854-1920) y el psicólogo francés Benjamin B. Bourdon (1860-1943) (Nicolas & Ferrand, 1999), que trabajaron por espacios cortos de un año en Leipzig, también contribuyeron a esta difusión. A Wundt le cupo un activo involucramiento en la organización del laboratorio de psicología fisiológica de La Sorbona, cuyos instrumentos ayudó a conseguir a expreso pedido de quien fue su ulterior director, Henri Beaunis (1830-1921) (Nicolas, Gras & Segui, 2011). El laboratorio se fundó en 1889. En este mismo lugar pero en años posteriores, desarrolló su trabajo Alfred Binet (1857-1911). El psicólogo ruso Vladimir Bechterev (1857-1927), que más tarde inició una línea teórica afín al conductismo con la publicación de *La psicología objetiva* (Bechterew, 1913), igualmente estuvo en Leipzig en 1885, aunque con posterioridad tomó distancia de los preceptos wundtianos (Araujo, 2014). En Armenia, Koorken Edilian (1885-1942), que fue influenciado por Wundt, Ebbinghaus y Hugo Münsterberg (1863-1916), fundó el primer laboratorio en la Universidad Estatal de Ereván y allí también dictó conferencias (Pambookian, 1992). En Grecia fue otro alumno de Wundt, Theophilos Voréas (1873-1954), quien comenzó

la enseñanza de la psicología en fecha algo tardía como el año 1926 y contribuyó a establecer un laboratorio en la Universidad de Atenas (Houssiadas, 1992). El japonés Matataro Matsumoto, tras doctorarse en 1899 en Yale University bajo la dirección de E. W. Scripture, pasó un año de estudios en Leipzig, para luego retornar a su patria e integrarse como profesor en la Escuela Normal Superior de Tokio (Oyama, Sato & Suzuki, 2001). En 1903 abrió un laboratorio en la Universidad Imperial, que recibió ese nombre desde 1888, pero que inicialmente se había denominado Universidad de Tokio. En la instalación de ese laboratorio, Matsumoto fue un colaborador de Yujiro Motora (1858-1912), considerado el fundador de la psicología científica en Japón (Nishikawa, 2005). Motora estudió en la estadounidense Johns Hopkins University bajo la supervisión de Stanley Hall (1846-1924). Similares recorridos se dieron en países de diversas regiones del planeta.

En América Latina, quienes tuvieron la oportunidad de formarse directamente con Wundt fueron pocos. Un caso muy característico es el chileno Rómulo Peña Maturana, que cursó estudios en Leipzig y tuvo a Wundt como uno de sus maestros. Él inició un laboratorio en la Escuela Normal de Preceptores de la ciudad de Copiapó en 1905, que exhibía una clara influencia wundtiana (Salas Contreras, 2012). Además, Wilhelm Mann (1874-1948) o Guillermo Mann como también le conocieron, era un profesor alemán contratado en Europa para servir a la educación chilena. Entre 1907 y 1908 le comisionaron a recorrer instalaciones de investigación en varias naciones con el fin de adquirir el equipamiento necesario e instalar un gabinete en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile. Esto se logró en 1908, y fue el propio Wundt quien tomó parte activa, asesorando en la elección del equipo y en los contactos con los proveedores (Mann, 1908). Lo precedió otro académico de la misma nacionalidad que igualmente fue catedrático en el Instituto, Jorge Enrique Schneider (1846-1904), que había sido estudiante de Wundt y antecedió a Mann en la cátedra (Parra Moreno, 2015). En otros países como Argentina, la recepción de Wundt fue más limitada,

reduciéndose a la lectura de algunas traducciones y a la difusión de conceptos, pese a que Félix Krueger (1874-1948), un antiguo discípulo de Wundt, permaneció por algunos años trabajando en la Universidad de Buenos Aires, comenzando sus labores en 1906 (Klappenbach, 1994). Krueger no era cualquier improvisado, pues tiempo después fue quien sucedió a Wundt en la dirección del laboratorio e incluso llegó a ser Rector de la Universidad de Leipzig (Pucciarelli, 1950). Pueden mencionarse otros ejemplos, como el del mexicano David Berlanga (1884-1915), que se formó con Wundt (Sánchez Sosa & Valderrama-Iturbe, 2001). En países como Paraguay, la atención puesta en la psicología experimental wundtiana no fue más allá que la discusión de ideas por algunos interesados en la psicología a comienzos del siglo XX como Eusebio Ayala (1875-1942) (García, 2005), si bien una parte del equipamiento para el laboratorio que se estableció en 1959 en la Escuela Normal de Profesores de Asunción (García, 2006), se asemejaba al modelo de Leipzig. En otras naciones, inclusive, puede decirse que, por el inicio tardío de la psicología, no hubo discípulos de Wundt caminando por sus calles, como mencionó Salazar (2001) respecto a Venezuela.

Hablando en términos generales, no deja de resultar paradójico que los graduados, en especial los estadounidenses, implementaran una psicología que acabó contraponiéndose en muchos aspectos importantes a la que aprendieron con Wundt. Danziger (2006) resume este panorama apuntando que, en la década de 1920, varios psicólogos de ese país llegaron a considerar que el esquema de ciencia experimental que importaron de Leipzig representaba la alternativa negativa para una disciplina que luchaba por establecerse con firmeza. Superando el colonialismo científico, la psicología norteamericana buscaba ser auténtica. A ello hay que agregar que Wundt observó con desdén cualquier posibilidad de que la psicología incursionara en áreas aplicadas, algo que lo diferenció nítidamente de sus contrapartes estadounidenses, cuyos intereses por la relevancia social eran superiores, y no les cabía pretender el lujo de una psicología sin utilidad práctica

(Brock, 2006). Es posible que muchos de los estudiantes norteamericanos de Wundt tuvieran un interés mayor en obtener el prestigio que confería un título doctoral de una universidad europea, ganar credenciales profesionales, y adiestrarse en el uso de los aparatos de laboratorio, que en realmente aprender los postulados de la psicología de Wundt. Ellos retornaron a los Estados Unidos durante la Era Progresiva, como se denomina al periodo entre 1890 y 1920, cuando la industrialización, urbanización y aumento de la educación superior, presionaban por la obtención de resultados rápidos, principalmente en el área aplicada (Pickren & Rutherford, 2010). Pero incluso en su natal Alemania, varios de los que se formaron con él, acabarían discrepando en numerosos aspectos interpretativos. Algunos de los nombres más característicos son los de Oswald Külpe, Karl Marbe (1869-1943) y Karl Bühler (1879-1963), vinculados a la Escuela de Wurzburg. Disentían con la posición wundtiana de que los contenidos conscientes podían ser reducidos a procesos elementales (Richards, 2002). Pongratz (1981) analizó sintéticamente las polémicas con Bühler, centradas en el método adecuado para el estudio del pensamiento, los procesos complejos, y la investigación lingüística de los eventos mentales.

Asimismo, hubo extranjeros que emigraron a los Estados Unidos para continuar con las ideas del maestro, al menos en apariencia. Titchener fue uno de ellos. Pero también afloraron discordancias con los fundamentos de la epistemología de Wundt y sus antiguos alumnos. Danziger (1979) menciona a Külpe, Titchener y Ebbinghaus como representantes de un cambio radical de visión en la forma de definir la psicología, pasando del marco de referencia wundtiano, que tenía un pie en la filosofía y otro en las ciencias naturales, a un modelo identificado con el positivismo, y más específicamente con las teorías del alemán Ernst Mach (1838-1916) y el germano-suizo Richard Avenarius (1843-1896). Bajo estas influencias, la psicología fue redefinida como una ciencia natural, interesada en fenómenos que se encuentran en estrecha dependencia con las operaciones de un organismo biológico. Lejos estaban de la perspectiva voluntarista de Wundt. Este cambio es lo que se conoce como el repudio

positivista de Wundt (Danziger, 1979). En Alemania, las discrepancias no se limitaron al uso de conceptos psicológicos específicos o a la forma en que éstos debían ser trabajados metodológicamente. Mülberger (2012) estudia cómo surgió una "crisis" en la psicología, la primera de muchas que sobrevendrían después, de la mano del filósofo y psicólogo Rudolf Willy (1855-1918), que tomó el estandarte de los fuertes debates que surgieron en torno al estatus de la psicología como ciencia, y sus relaciones con la filosofía. En el desarrollo de estos cuestionamientos, la psicología experimental de Wundt constituyó el blanco principal. Este conjunto de circunstancias constituyen el entramado de ideas, la herencia cultural, y el soporte académico y científico en que el joven Titchener habría de adentrarse hacia el tiempo de su disertación doctoral. Y es en ese contexto singular en que debemos analizar las reales ascendencias que Wundt haya tenido sobre él.

Titchener y su aproximación psicológica

Las resonancias del asociacionismo británico resultaron muy persistentes al interior de la psicología estadounidense en los inicios del siglo XX. Titchener, así como el fundador histórico del conductismo, John B. Watson, son ejemplos claros de este influjo. En la óptica de Watson (1914), Titchener emprendió, en los Estados Unidos, la más valiente lucha por instaurar una psicología cimentada en la introspección. Pero la doctrina de las asociaciones se expresó de disímiles maneras en los respectivos sistemas que estos psicólogos construyeron. Se percibe también en los tres grandes rusos del siglo XIX: Iván Séchenov (1829-1905), Iván P. Pavlov (1849-1936) y Vladimir Bechterev, quienes, a criterio de Mandler (2007), fueron asociacionistas en principio y atomistas en la práctica. Entre los que adscriben un presunto "introspeccionismo" de Wundt entre los herederos de la teoría se cuenta van Heerden (1993), aunque su alineación con este enfoque, por más que tradicionalmente asumida, es un punto debatido en nuestros días, y muy posiblemente erróneo. Autores como Malone (2009), basados en los estudios críticos de la moderna historiografía de la

psicología, rechazan enfáticamente tal aserto. Luego examinaremos este argumento con más profusión. Como una muestra de su importancia, el problema psicológico de la asociación fue uno de los primeros en ser abordado en el laboratorio de Leipzig. Igualmente, era uno de los asuntos que aparecieron frecuentemente en la revista que Wundt editaba (Warren, 1921).

Pero el escenario de la psicología en la última década del siglo XIX e inicios del XX en los Estados Unidos incorporaría otros actores que, en diversos grados, compartieron con Titchener la responsabilidad y oportunidad de moldear los supuestos y contornos de la nueva disciplina. Figura de considerable influencia fue William James, que sintetizó las tendencias vigentes en la psicología, tradujo para los lectores estadounidenses la producción psicofísica alemana y la psicología francesa, e introdujo el pensamiento evolucionista en el ámbito psicológico. Los surcos que abrió fueron seguidos por los exponentes del funcionalismo, una orientación que albergó en sus filas a teóricos e investigadores eminentes que moldearon la primera revolución científica al estilo de Kuhn (1970) que se haya producido al interior de la psicología norteamericana (Green, 2009b). Entre el funcionalismo y la escuela que habría de representar Titchener se abrieron varios frentes para la controversia, marcando los debates más importantes en ciencia básica durante los dos decenios previos al surgimiento del conductismo. Titchener consideraba al *funcionalismo* como una psicología de segunda clase subordinada al estructuralismo, y le asignó un carácter esencialmente teleológico (Rieber, 1980). También marcó una sustancial diferencia el acento darwiniano de los funcionalistas. Pero mucho de lo que fue el trabajo de Titchener no puede comprenderse sin tomar en cuenta las discusiones surgidas con estos rivales. Hacia finales del siglo XIX, el ambiente cultural en los Estados Unidos resultaba muy dispuesto a la recepción de la nueva psicología, como entonces se la denominaba. El contexto era ligeramente distinto al de los países europeos (Greenwood, 2009). No había filosofías reaccionarias que confrontar, y las promesas de eficiente utilización para el mejoramiento

de la condición humana, que los principales referentes de la psicología dejaron traslucir desde el principio, y cristalizaron luego en la psicología aplicada, crearon un entorno propicio y receptivo, aunque muchas de esas esperanzas hayan sido exageradas para las posibilidades reales del momento.

Una vez instalado profesionalmente en Norteamérica, Titchener inició una prolífica carrera como autor, teórico e investigador. También como traductor, como antes hemos visto, pese a que en este punto cosechó algunos reparos, sobre todo en el tiempo reciente, respecto a la fidelidad al pensamiento de Wundt que haya podido conseguir en las traducciones de sus libros. Hay que tener en cuenta que, si uno era un estadounidense promedio a comienzos del siglo XX, e incluso un académico, la probabilidad de que leyera las obras de Wundt directamente del original alemán era remota. De William James, que era un reconocido políglota, se ha dicho que uno de sus grandes servicios a la psicología norteamericana fue el difundir los conocimientos de los psicofísicos alemanes, que sus compatriotas mayormente desconocían por la barrera del idioma, en los capítulos iniciales de los *Principios de Psicología* (James, 1890). Por lo tanto, cuanto los estadounidenses supieron de Wundt lo hicieron principalmente a través de Titchener, y el que fuera bien o mal comprendido, dependía sustancialmente del éxito en sus oficios como traductor. Las pretensiones de una supuesta duplicidad de Wundt en Titchener iban hasta las aseveraciones que realizaba este último, quien se calificaba como su seguidor fiel y más eficiente intérprete en los Estados Unidos (Shanteau, 1999). Pero este es un detalle para ser enfocado con cautela.

El resultado de estas convicciones fue que los lectores se vieron incorrectamente guiados por las traducciones de Titchener, asumiendo que al repasarlo a él estaban accediendo al pensamiento de Wundt. Tales malentendidos indujeron a suponer que el maestro alemán era un decidido asociacionista e introspeccionista, cuando en verdad su posición se hallaba muy equidistante. Teniendo en cuenta las distorsiones, no es raro que afloraran juicios críticos contra Titchener. Las opiniones

de mayor dureza fueron que él no comprendió a Wundt, o lo entendió a medias, o que vio sólo ciertas porciones de sus libros como las más significativas, posiblemente las que coincidían con sus intereses teóricos, dejando de lado otras. Malone (2009) extiende las mismas apreciaciones hacia Judd, pese a la opinión favorable que Danziger (1979) expresara sobre él. Beenfeld (2013), indica que Titchener, de manera perversa, buscó crear la impresión de que su propio sistema de introspección, generado a través de los aportes de Wundt, tenía raíces profundas que llegaban incluso más allá de la fundación misma de la psicología experimental. Habría logrado esto último, removiendo deliberadamente aquéllas partes del trabajo de Wundt que no congeniaban apropiadamente con sus conceptos, derivados de la tradición filosófica británica, que Titchener representaba. Es interesante comprobar que muchos textos introductorios a la psicología, incluyendo varios escritos en la década de 1990, no incorporan las reflexiones críticas de la historiografía reciente de la psicología, y siguen representando los vínculos de Wundt y Titchener en la forma tradicional (Zehr, 2000). En este lugar, nuestra intención no es en absoluto desmeritar a Titchener haciendo una recopilación de las principales objeciones dirigidas hacia su persona, ni menoscabar su contribución al dejarlas explicitadas. Lo que ocurre es que estos diferendos, que son ilustrados por muchos historiadores de la psicología, forman parte esencial de la figura científica de Titchener, de su psicología, y sobre todo, de sus relaciones intelectuales con Wundt, tanto de aprobación como de rectificación.

Igualmente, Titchener destacó en el rol de editor de revistas psicológicas. A partir de octubre de 1895 integró el equipo editorial del *American Journal of Psychology* (Revista Americana de Psicología), acompañando a Stanley Hall, que la estableció en noviembre de 1887 (Evans & Cohen, 1987), y a Edward C. Sanford (1859-1924), con quien compartió la función de coeditor. Así, Titchener controlaba un tercio del contenido publicado (Young & Green, 2013), que eran investigaciones realizadas en Cornell. Al jubilarse Hall de la Universidad Clark a los 74 años, y a consecuencia de las dificultades

financieras que surgieron desde tiempo antes, la revista fue adquirida por Karl M. Dallenbach (1887-1971), quien previamente había sido un estudiante doctoral de Titchener (Tortosa Gil, Carpintero Capell & Peiró Silla, 1987). Entre 1921 y 1925, tuvo a su cargo la dirección, con lo cual finalmente ganaba la preeminencia total en la revista. Como autor, su producción más importante comenzó en 1896, con la publicación de un libro titulado *An outline of psychology* (Un bosquejo de psicología) (Titchener, 1896), y dos años después, *A primer of psychology* (Elementos de psicología) (Titchener, 1898a), además de obras centrales a las que haremos alusión enseguida. A trece años de su primera aparición, en 1909, el bosquejo fue sustituido por otro similar, pero aumentado en extensión, cuyo título fue *A text-book of psychology* (Texto de psicología) (Titchener, 1928), concebido ante la dificultad, declarada por su autor, de poner al día el material original. En este conjunto de libros, Titchener expuso los presupuestos sobre la naturaleza y objeto de la psicología y los tópicos que abarcaba su estudio. El punto de vista general, según lo explicitaba en el primer volumen (Titchener, 1896), se originaba en la filosofía tradicional inglesa. Pronto apoyaba sus ideas en John Locke (1632-1704), aunque subrayando la deuda que le concernía con trabajos de remarcable importancia, notablemente el Bosquejo de psicología de Külpe (1895) y los Principios de psicología fisiológica de Wundt (1904), ambos por él traducidos. Titchener demuestra ser muy consciente de la estrecha relación que, todavía en su momento, unía el análisis de los objetos psicológicos con el esquema global que plantea la filosofía. Sin embargo, también reconocía como correcta la suposición de que la psicología debe encauzarse hacia problemas en el ámbito de la mente y la conciencia. La terminología respectiva está originada en el uso del lenguaje común y el filosófico, por lo que su utilización es, al mismo tiempo, tanto psicológica como metafísica.

Para Titchener (1896), la psicología es la *ciencia de los procesos mentales*. En alusión a esta definición, Benjamin (2006) enfatiza que se producía en los términos más estrechos, quedando fuera otros campos como la

psicología infantil, la psicología del comportamiento anormal y cualquier estudio que implique la conducta animal. A simple vista, la noción de Titchener parece sencilla y evidente, pero no lo es. El autor bien lo sabía y por eso se tomó la precaución de explicar cuidadosamente los elementos comprendidos en ella. En primer término, especificaba que un “proceso” no debería entenderse como una “cosa”, pues cualquiera que fuese, la “cosa” siempre sería permanente y relativamente incambiada. El proceso, en contrapartida, es una operación continua, un cambio progresivo. La psicología trata con eventos procesuales, nunca con cosas. Esta es una aclaración importante para compararla con el modo en que habitualmente se describe el escrutinio de la conciencia por el estructuralismo, en cuanto entidad fija y sin modificaciones, en sus “átomos” constitutivos. Por otra parte, un “proceso mental” se refiere a cualquier eventualidad que caiga dentro del amplio rango que cubre nuestra experiencia, y en cuyo origen y continuidad, nos hallamos necesaria y directamente involucrados. Los acontecimientos del mundo físico, de los que Titchener (1896) escogió el calor como ejemplo, también son procesos, pero ocurren con independencia de nosotros, y continúan aún si no estamos presentes para sentirlos. Cuando percibimos el calor mediante nuestras sensaciones, se convierte en una vivencia subjetiva. Allí es que el componente calórico se transforma en un proceso mental. Igualmente, el espacio que la geometría estudia posee una existencia autónoma, pero eventualmente entra a formar parte de nuestra experiencia, e incluso es modificado por ella. Si así acontece, entonces adviene un evento psicológico. Aquí, una vez más, se reafirma el principio de que la psicología únicamente debe enfocarse en los procesos mentales (Titchener, 1896). En comparación con los supuestos y creencias que predominan en las concepciones populares sobre la mente, Titchener concordaba en que los pensamientos, memorias e imaginación son partes integrantes de la misma, y que se encuentran “dentro” de nosotros, es decir en nuestro “interior”, de manera semejante a como prescribe el sentido común. Pero, en su enfoque, estos

fenómenos no son producidos o fabricados por la mente, como si ésta fuera algo completamente externo que las hace o elabora. Ellas son, en sí mismas, la mente. O sea, esa instancia no “tiene” pensamientos o sentimientos, sino que estos son, propiamente, mentales. La suma de los mismos es la materia prima de que está hecha la mente, y en tal condición, engloban los elementos esenciales de la psicología.

El establecimiento de una lista exhaustiva para cada una de nuestras experiencias internas conlleva una dificultad formidable. Toda idea, deseo, resolución, emoción, impulso, pensamiento o acción, constituye un proceso, o en todo caso, un complejo de procesos mentales. Para entender bien a Titchener hay que tener en cuenta que cualquier consideración de estos fenómenos, en cuanto tales, se encuentra en sintonía con una concepción esencialmente mentalista de los eventos psicológicos. Por lo tanto, aquéllos que definen corrientemente a la psicología como la ciencia de la mente, están en lo correcto, al menos en principio, siempre y cuando se entienda que la mente es la suma total de los acontecimientos intelectuales que un individuo experimenta en el curso de su existencia individual. El conjunto de pensamientos, sentimientos, impulsos, etc., que haya acostumbrado poseer durante “mi” vida, componen, pues, “mi” mente. Pero Titchener (1896) es aún más preciso al identificar a qué clase de “mente” se está aludiendo. La solución de cuestiones como la presencia de alguna entidad que radica por detrás de los procesos mentales y sirve como una especie de telón de fondo, de modo similar a lo que sería una mente permanente, o cuál pudiera ser la naturaleza de ésta en el supuesto de que existiera, eran relegadas por Titchener al plano de la especulación metafísica. En lugar de este género de problemas, prefiere resolver asuntos esenciales para su visión psicológica, cuyo concepto de la mente, debemos recordar, atañe sólo a la suma de los procesos acaecidos a lo largo del ciclo vital.

Por consiguiente, Titchener (1896) reconoce las diferencias entre la mente infantil, la del adulto que disfruta en el tramo más vigoroso de su existencia, y la del

humano que se encuentra en edad provecta. En esencia, el objeto de su psicología es la conciencia tal como ésta se da en el individuo maduro, asumiendo que ya cruzó por los periodos formativos que tienen lugar en la niñez, pero aun no alcanzó el debilitamiento que acarrea el deterioro que corre paralelo con la senectud. Esta es la manera como debe entenderse a la conciencia en cuanto suma de las contingencias que plasman la experiencia de la persona, del ahora, en el modo como sucede en el momento presente. El que Titchener se concentrara prioritariamente en lo mental se comprueba igualmente en el hecho que sus cavilaciones se extendieron hasta las postrimerías de su carrera. Por ejemplo, en su obra póstuma *Psicología sistemática: Prolegómenos* (Titchener, 1929), incluía una interesante discusión de los conceptos pertenecientes a la fenomenología de Franz Brentano (1838-1917), así como una reelaboración de ideas propias. Sus puntos de vista se desprenden también de la siguiente afirmación contenida en el *Texto de psicología*, donde explica las razones para una inclusión más bien reducida de la fisiología, y su idea del ámbito que corresponde a la psicología:

...siempre he sostenido que el estudiante debería obtener su conocimiento elemental del sistema nervioso, no del psicólogo, sino del fisiólogo; el profesor de psicología necesita todo el tiempo a su disposición para su propia ciencia. Es cierto que la psicología, si es explicativa, debe complementar la descripción de los procesos mentales por una declaración sobre sus condiciones fisiológicas. Pero también es cierto, infortunadamente, que cualquier declaración, en la presente condición de nuestro conocimiento, debe ser en gran medida hipotética (Titchener, 1928, viii).

El carácter científico de la psicología es algo que, en el parecer de Titchener (1898a), debería darse por supuesto. Como ciencia, la psicología constituye un cuerpo ordenado y sistematizado de conocimientos. Pero no es todavía una ciencia conclusa, pues se halla

en sus estadios iniciales y quedan numerosos asuntos por resolver. De acuerdo a lo que expone en el *Bosquejo* (Titchener, 1896), los retos a que se enfrenta la psicología son tres: a) analizar la experiencia mental concreta (actual) en sus componentes más simples; b) descubrir cómo estos elementos se mezclan, cuáles son las leyes que rigen sus combinaciones y c) colocarlas en conexión con sus correlatos fisiológicos (corporales). Esta visión de los problemas denota una concepción de la ciencia que se fundamenta en procedimientos básicos de análisis, esto es, la reducción de lo complejo a sus constitutivos primordiales. Al mismo tiempo, debe rastrearse la relación de unos elementos con otros. Para decirlo con palabras de Titchener:

Nuestra experiencia mental concreta, la experiencia de la 'vida real', es siempre compleja -un deseo simple, una idea simple, una resolución simple-, encontramos invariablemente que una inspección cercana de la misma revelará su complejidad, demostrará que está compuesta de una serie de procesos más rudimentarios. El primer objeto del psicólogo, por lo tanto, es determinar la naturaleza y número de los elementos mentales. Él toma la experiencia mental, poco a poco, dividiendo y subdividiendo, hasta que la división ya no puede continuar. Cuando se alcanza ese punto, él ha encontrado un elemento consciente (Titchener, 1896, pp. 12).

Este es el *atomismo* que habitualmente se adscribe al sistema de Titchener, y que muchos, de forma errónea, también extienden al esquema de Wundt. Los elementos mentales o conscientes son aquéllos que resultan imposibles de seguir siendo analizados. Para cumplir con su carácter científico esencial, deben plantearse dos dimensiones básicas en su examen: a) por una parte, si el escrutinio ha llegado tan lejos como podría hacerlo y b) si ha tomado en cuenta todos los aspectos que se hallan contenidos en la experiencia. A esto apunta el propósito de buscar las leyes que expliquen las conexiones entre

los factores de la mente. El conocimiento de estas haría posible que la síntesis de los elementos conduzca a una vivencia concreta. La investigación debería ejecutarse, en lo fundamental, dentro de estas coordenadas.

Titchener no daba pruebas de poseer mucha amplitud y se hallaba distante de ser un ecléctico en su concepción psicológica. Su elección teórica iba en una sola dirección: la suya. Esto se reflejaba en su apreciación sobre el trabajo de los otros. Por ejemplo, él estuvo entre los miembros originales que fundaron la American Psychological Association (APA) en 1892 (Sokal, 1992), aunque nunca asistió a los congresos. Pero las visiones divergentes y los ásperos conflictos con algunos integrantes de la asociación, especialmente James Mark Baldwin (1861-1934), le llevaron a renunciar a la APA (Wertheimer, 2012), y luego a instituir otra entidad psicológica alternativa, la Sociedad de Experimentalistas, a comienzos de abril de 1904. Las razones principales para dejar la APA fueron, por una parte, su molestia porque no expulsó de su seno a E. W. Scripture, que como vimos era otro ex alumno de Wundt, y a quien Titchener acusó de plagio. Por otra, creía que la APA se mostraba muy amigable con una serie de temas que caían dentro del ámbito aplicado, y que la alejaban mucho de la psicología experimental pura, que era su verdadero interés (Hergenhahn & Henley, 2013). Con el fin de establecer la Sociedad de Experimentalistas, convocó para una reunión de dos días en el laboratorio de la Universidad de Cornell a un conjunto selecto de psicólogos experimentales y sus estudiantes graduados más avanzados. Los participantes del coloquio eran veinte hombres, que además de Cornell, provenían de la Universidad Clark, la Universidad de Yale, la Universidad de Michigan y la Universidad de Pennsylvania. A partir de allí, la sociedad se congregó una vez todos los años hasta el fallecimiento de Titchener en 1927, con la excepción de 1918, en que la Primera Guerra Mundial frustró el encuentro (Goodwin, 1985). Como señala Benjamin (2006), el grupo iba a llamarse primero “Sociedad Americana para el Avance de la Psicología Experimental”, pero terminó denominándose simplemente “Los Experimentalistas” o “Los Experimentalistas de Titchener”. El concepto de

psicología experimental que predominó, por supuesto, era el de Titchener mismo, y ninguna otra perspectiva era recibida con demasiado agrado. A su muerte en 1927, todo lo que alguna vez representó esta sociedad y las teorías que la sostuvieron, quedaron rápidamente extinguidas (Boakes, 1989). No es exagerado decir que las ideas de Titchener murieron con él.

En Estados Unidos, debió afrontar varios desafíos importantes, no siendo el menor de todos el lograr la consolidación de su orientación psicológica, fomentada y tradicionalmente percibida como neo-wundtiana. Su rival más influyente, en especial por ser una creación genuinamente estadounidense, era el funcionalismo. Titchener trabajó incesantemente para establecer una opción consistente a la perspectiva funcional, que adquirió un fundamento sólido al apoyarse en los conceptos de la selección natural y la adaptación del británico Charles Darwin (1809-1882). Uno de los pilares esenciales de este emprendimiento titcheneriano fueron las publicaciones, y en particular la elaboración de textos introductorios, que ocupan un lugar crítico en la expansión de cualquier nuevo modelo psicológico, y en su aprendizaje por los estudiantes. Titchener era consciente de ello, por lo que no escatimó esfuerzos en producir introducciones muy detalladas. Además, cuando arribó a Estados Unidos, había sólo unos pocos manuales en inglés disponibles para quien deseara adquirir una base teórica en la psicología (Evans, 1984). Entre ellos, pueden mencionarse el de John Dewey (1859-1952), *Psicología*, publicado en 1886 (Dewey, 1887), y los dos volúmenes del *Manual de Psicología de Baldwin* (1889), a más de los Principios de Psicología de James (1890), a que antes aludimos. Estos libros, con ser muy eruditos, y aunque también mencionan a Wundt, no representaban el punto de mira esencial de la psicología que ambicionaba construir Titchener. De una forma u otra, los tres se hallaban conectados al programa científico que después haría eclosión en el funcionalismo. En su propósito de erigirse en el vértice principal de la tradición psicológica alemana en los Estados Unidos, Titchener atenuó sus verdaderas discrepancias con su antiguo maestro, que posiblemente eran mayores de lo

habitualmente supuesto (Evans, 1984). Pero tuvo cuidado de mantener su asociación estratégica con una vertiente científica de prestigio e influencia global en ese momento.

El enfoque se designó *estructuralismo o psicología estructural*, un rótulo con el que, al parecer, Titchener nunca se había mostrado muy entusiasmado (Evans, 1984). De hecho, como recuerda Beenfeldt (2013), era corriente que Titchener se refiriera a su modelo no por un nombre, sino simplemente como “nosotros” (“we”). Sin embargo, la denominación común era también una necesidad para su diferenciación neta del *funcionalismo*. El estructuralismo tenía curiosidad en el “es” de la mente, mientras el funcionalismo buscaba el “es para” (Wertheimer, 2012). Los contrapuntos se iniciaron en un artículo publicado en la revista *Mind* en 1895, y que se titulaba “Reacciones simples” (Titchener, 1895). En él, Titchener utilizaba como ejemplo los experimentos de sincronización (timing) para estudiar la naturaleza de los procesos mentales. De acuerdo al punto de vista del estructuralismo sobre la dinámica cognitiva, se produce primero un estímulo, causado por la estimulación física de los receptores. Luego, hay una serie lineal de actos mentales, y en último término sobreviene una respuesta. Para Titchener, la atención debía colocarse en la estructura de los fenómenos de la mente, y no sobre la función (Chemero, 2009). Pensaba que la reacción es el tipo más básico de acción voluntaria. Por tal motivo, es el material que debe ser empleado para enseñar la adquisición del control introspectivo de esta combinación de procesos conscientes (Titchener, 1895). A esta argumentación siguió el famoso escrito de John Dewey, *El concepto del arco reflejo en psicología*. Este fue el artículo primordial para el inicio doctrinario del funcionalismo, así como el más grande logro de Dewey en el ámbito de la psicología, y el primero y último trabajo puramente psicológico que él haya producido (Lawson, Graham & Baker, 2016). Dewey (1896) argumentaba que el antiguo dualismo entre la sensación y la idea se repite de nuevo en la dualidad de las estructuras periféricas y las estructuras y funciones centrales; el viejo dualismo de alma y cuerpo halla un eco en el actual de los estímulos

y las respuestas. Aunque no lo nombra, la alusión a Titchener es clara. Prosigue diciendo Dewey (1896) que lo deseable es que el estímulo sensorial, las conexiones centrales y las respuestas motoras no sean vistas como entidades separadas y completas en sí mismas, sino como divisiones de labor y factores funcionales, dentro de una totalidad concreta. A esto, en esencia, es a lo que se denominaba arco reflejo. Como el ambiente es potencial y azarosamente disruptivo y cambiante, la actividad del organismo es de un continuo reajuste, modificación y crecimiento (Alexander, 1987).

Pero los debates prosiguieron y su tono polémico se aprecia muy bien en otro artículo publicado por Titchener en una revista de filosofía y titulado, muy significativamente, “Los postulados de una psicología estructural” (Titchener, 1898b). En ese trabajo, establecía un paralelo entre la psicología experimental, o al menos una porción de ella –la que él representaba, por supuesto–, con la ciencia de la morfología. La finalidad primaria del psicólogo debía ser el análisis de la estructura de la mente y desentrañar la dinámica elemental de la conciencia, para aislar sus constituyentes. En el mismo escrito, Titchener (1898b) respondía a las objeciones de quienes veían estas iniciativas como insuficientes, remarcando que un experimento es más que una aplicación cuidadosa de los aparatos indicados, por más delicados o sofisticados que puedan ser. Replicaba las críticas asegurando que provenían del fracaso en reconocer el carácter morfológico de la psicología. Los resultados obtenidos con la “disección” de los procesos mentales siempre resultarán desesperanzadores para aquéllos que no logran situarse en el punto de vista del diseccionador. En su empeño de marcar diferencias, Titchener escogió con cautela los términos. La orientación que él defendía era inobjetablemente calificada de “experimental”, pero al funcionalismo le reservó el adjetivo de “descriptivo”, sugiriendo muy sutilmente la inferioridad de éste. Decía Titchener que los fenómenos que estudia la psicología funcional, ya sea la memoria, el juicio, la atención, la apercepción, la imaginación, la volición y otros más, son considerados elementos psíquicos sólo por un mero

accidente. En su opinión, la psicología funcionalista los trataba de manera similar a como se verían la digestión, la locomoción o las secreciones. Pero no debe suponerse que estas son funciones del cuerpo, sino del organismo completo. Su correcto estudio debe hacerse bajo las pautas de una suerte de “fisiología mental”. Agregaba Titchener que, si la conciencia realmente posee un valor para la supervivencia, como James (1890) supuso, o si es simplemente un epifenómeno de lo fisiológico, como afirmaba Ribot, resulta irrelevante.

Según Titchener (1898b), la psicología funcionalista no había sido estudiada con igual entusiasmo o proveyéndole la misma exactitud que la psicología estructural. No obstante, sugirió que podía hallarse mucho de valía en ella. Pero a lo que aparenta una gentil concesión de su parte, le seguía de inmediato una puntualización crítica y hasta mordaz: los métodos de la psicología “descriptiva” no pueden conducir a resultados de auténtica finalidad científica. La respuesta funcionalista no se hizo esperar y esta vez vino de W. Caldwell, en un artículo también titulado “Los postulados de una psicología estructural”. Caldwell (1899) reaccionaba a la anterior declaración de Titchener sobre las falencias del funcionalismo como ciencia, argumentando con perceptible ironía que no estaba en su interés comparar el celo y la paciencia de un cuerpo de hombres desde la época de Aristóteles o los asociacionistas británicos con los heroicos pioneros y obreros de la psicología experimental de ese siglo. En cambio, se preguntaba sobre los estándares científicos que encerraba la afirmación previa de Titchener, concluyendo que la “finalidad” en un plano determinado del conocimiento es completamente diferente de la “finalidad” que se tiene en algún otro nivel distinto. Caldwell (1899) también criticaba el uso que Titchener hacía de conceptos como “procesos elementales”, “elementos” y las “últimas cosas de la mente”, de los que ni siquiera podía decirse que resultaban intercambiables entre sí, pues oscurecían para el lector la posibilidad de mantener la perspectiva estructural de un modo congruente. Lo que Titchener definía como elementos, a saber: la calidad, la intensidad y la duración, en realidad son características

o categorías de la sensación y el afecto. Para continuar con la escaramuza, ese mismo año Titchener (1899) dio a conocer otro artículo de idénticos propósitos doctrinarios, con el nombre de “Psicología estructural y funcional”, y donde las cordiales asperezas persistieron. En efecto, expresaba Titchener que:

El Profesor Caldwell ha destinado recientemente varias páginas de discusión a una consideración de mi artículo “Los postulados de una psicología estructural”. Por esto estoy agradecido. Pero lo estaría más, sin embargo, si el Profesor Caldwell hubiera expresado mi significado de un modo más acertado (Titchener, 1899, pp. 290).

En este ensayo, Titchener realizó una distinción significativa: la observación, para el estructuralismo, es la observación de un “es”, mientras que para el funcionalismo, es la observación de un “es-para”. La introspección “no entrenada” es la que tiende “irresistiblemente” a esta última. Pero dentro de esa variante, que Titchener adscribe al funcionalismo, incluye otras dos facetas que son descriptas como extrapsicológicas: el “es-para-el pensamiento” y el “es-para-la-conducta”. La introspección no entrenada no es una recolección de material psicológico absoluto, sino que proviene de los sentidos (a la que denomina “función lógica”) y de los valores (que llama “función ética”). Y la conclusión de Titchener (1899) es demoledora: quien recurre a esa forma de introspección no está contemplando fenómenos mentales. Está viendo a través de un cristal ético que solamente le proporciona hechos distorsionados. Las discusiones con los funcionalistas, en los años subsiguientes, mantuvieron un acento similar a este. Un componente importante de la polémica, aunque no se mencione muy explícitamente, es la concepción de la metodología que orientaba el trabajo experimental de Titchener, y del cual se mostró tan orgulloso. Sin embargo, no todos parecen haber entendido su método en los mismos términos que lo hizo él. Como quiera que sea, Titchener (1912) reconocía que la utilización de la

noción de “introspección”, como se hacía en sus días, era altamente equívoco, y que el procedimiento que así se denotaba podría llegar a ser algo científicamente ilegítimo, y aun enteramente imaginario. Aclaraba que, en lo que a él concierne, reservaba el uso del vocablo únicamente para los métodos que se hallan avalados por la ciencia y han sido utilizados en fechas recientes. De manera que, en este análisis, no es difícil inferir dónde se creía colocado el propio Titchener. No obstante, la introspección contiene aspectos eminentemente metafóricos, ya que es, literalmente hablando, un “mirar hacia adentro” (Smith, 1990). A la vez, Titchener describió el reconocimiento de algunos de los elementos de la mente en términos de “presión”, un concepto importado del sentido del tacto.

Wundt fue siempre el modelo a seguir, al menos en lo que refiere a las declaraciones públicas de Titchener. Pero, de hecho, varias cuestiones teóricas lo separaban de su mentor, como vimos previamente. Aunque también cabe mencionar algunas disrupciones en el plano del método. Titchener apostó decididamente por el uso de extensas sesiones de introspección, del tipo que corresponde a la auto-percepción, que como antes mencionáramos, Wundt consideraba poco confiable, aparte las que incumben a la percepción interna, en la que el maestro alemán depositaba una mayor confiabilidad (Green, 2010). Titchener asignaba tres ámbitos exclusivos a la psicología experimental cuando se ocupa del estudio de la conciencia: las sensaciones, las imágenes y las emociones. Es evidente que Titchener no tomaba a la ligera la metodología. Tampoco el equipamiento. Hizo breves pero completas exposiciones sobre los instrumentos y el mobiliario que debía incorporarse para el establecimiento de un laboratorio. En un artículo publicado en *The American Journal of Psychology*, Titchener (1900) procedía a un recuento detallado de los equipos disponibles en Cornell, los fabricantes y los precios de los mismos, además de una sucinta descripción de cuanto realizaban con ellos. Describía los planes para la edificación, la distribución física de los diferentes ambientes, y hasta las especificaciones para un auditorio

capaz de albergar a trescientas personas. Luego, refería el equipamiento actual con el que contaba en aquél momento su laboratorio, clasificando los aparatos en las siguientes categorías: acústica fisiológica y psicológica, óptica fisiológica y psicológica, sensación háptica y orgánica, procesos afectivos, acción y suplementos generales.

El lograr un prototipo adecuado para la observación bien entrenada, en la forma que perseguía Titchener para sus experimentos, y el consecuente entrenamiento de los estudiantes en la administración de las técnicas, demandaba contar con los soportes bibliográficos apropiados. Es por eso que Titchener también dedicó bastante atención a la metodología. En este orden, la publicación más importante es el juego de cuatro volúmenes que componen la Psicología Experimental: *Manual de práctica de laboratorio*. Entre ellos, dos estaban orientados a los experimentos cualitativos, y dos a los cuantitativos. Había un par que usaban los instructores, y otro par los estudiantes. En las primeras páginas del libro cualitativo para los alumnos, Titchener dejaba constancia de su concepción elemental: “*Un experimento psicológico consiste de una introspección o una serie de introspecciones hechas bajo condiciones estándares*” (Titchener, 1901, pp. xiii. Las cursivas en el texto original). Titchener ponía en términos sumamente claros las diferencias de los experimentos cualitativos y los cuantitativos. Decía sin embargo que algunos son mejor ejecutados si se realizan por uno mismo, tomando sus propias medidas. Otros deben ser realizados por dos personas. Una, que denomina el observador (O), es quien hace la introspección, en tanto el experimentador (E) se ocupa del control de los instrumentos y lleva adelante los registros. Hasta este punto, la metodología recuerda muy acertadamente las prescripciones wundtianas, aunque con la salvedad que, para Titchener (1901), se pueden explorar las experiencias individuales, descartando la participación de otros individuos. En algunas ocasiones, hay que dejar a (O) llevar la anotación de sus propias secuencias introspectivas, mientras (E) se encarga del manejo de los instrumentos, especialmente cuando estos

se encuentran en una habitación diferente a donde se halla (E). Titchener insistía en que, durante el desarrollo de un procedimiento experimental, las reglas nunca deben alterarse, pues los cambios son contraproducentes para (O), y alteran sustancialmente los datos y las mediciones tomadas.

El objeto del experimento cualitativo es la descripción, mientras que para el cuantitativo es la medición. Comparativamente, estos últimos exigían una mayor preparación “externa” que los cualitativos (Titchener, 1905). Los experimentos cuantitativos resumen una gran cantidad de observaciones que precisan mantenerse estables. Es fundamental organizarlas, distribuirlas, cronometrarlas, espaciarlas y variarlas, sobre un plan general bien definido. Los experimentos cuantitativos debían recibir una atención más sostenida que los cualitativos. La utilización de los aparatos supone un proceder más delicado en el caso de los experimentos cuantitativos que en los cualitativos. Titchener supuso que esto obedecía al mayor refinamiento y complicación de los instrumentos mismos. El libro sobre experimentos cualitativos incluía una importante variedad de pruebas sobre sensación visual, sensación auditiva, sensación cutánea, sensación gustativa, sensación olfativa, sensación orgánica, cualidades afectivas, atención y acción, percepción del espacio visual, percepción auditiva, percepción espacial táctil, tipos de ideaciones y asociación de ideas. Entre las estrategias cuantitativas, Titchener incluyó la medición mental (experimentos de presión, tonos, y otros), métodos métricos (técnicas de límites, error promedio, equivalencias, etcétera), experimentos de reacción (reacción simple, reacción compuesta, principalmente) y psicología del tiempo. En Titchener, como en Wundt, los postulados teóricos se hallan profundamente entrelazados con la implementación metodológica, pero es posible que Titchener, incluso, haya demostrado una persistencia mayor en la organización y explicación de los principios. Sus descripciones, muy detalladas, ayudan a entender lo seriamente que consideraba la aplicación correcta de los procedimientos para la recolección de datos. Ese

fue también, en el grueso de su obra, uno de los signos distintivos de su forma de concebir la psicología.

Conclusión

En las dos décadas finales del siglo XIX, la psicología intentaba diferenciarse de la filosofía, adquirir un perfil reconocible como campo de estudio independiente, y establecerse con una autonomía semejante a las ciencias ya existentes. Una de las vías fue adoptar un método pertinente que la identificara con las rutinas básicas de los científicos, y ese método fue el experimental. En el abanico de opciones teóricas disponibles al inicio, hubo otras tendencias y orientaciones no-experimentales que generaban posibilidades atrayentes de investigación, pero el recurso al experimento obtuvo un predicamento mayor, imponiéndose como la imagen predominante de la nueva disciplina. Para ese entonces, “psicología científica” pasó a convertirse en sinónimo de “psicología experimental”. Dentro de lo que implican estos simbolismos interpretativos de la historia, Wundt se erigió en el exponente genuino de ese proyecto emancipador, y el laboratorio de Leipzig en el modelo más acabado de lo que sería el contorno de la psicología futura. Los intereses y perspectivas conceptuales del maestro, sin embargo, fueron más amplios de lo admitido tradicionalmente, pues su óptica se proyectó, inclusive, hacia una variante que englobaba los aspectos históricos y culturales en la formación de la mente humana. En la búsqueda de los procesos cognitivos más simples, utilizó el método experimental, analizando la experiencia interna o inmediata. Pero a la vez, interpuso un prudente escepticismo respecto al uso no rigurosamente controlado de la introspección, que paradójicamente se le atribuye, y esa aproximación de mayor subjetividad terminó presumiéndose como su técnica principal, aunque él hubiera interpuesto pesados cuestionamientos. Entre los muchos estudiantes de Wundt, hubo uno en particular que se consideró a sí mismo el representante más legítimo de su enfoque en los Estados Unidos, y se esforzó en instituir una psicología experimental de la conciencia, defendiéndola

con admirable perseverancia, y llevando la introspección a límites que incluso Wundt había desaprobado. Ese alumno fue Edward Bradford Titchener.

Por largo tiempo se asumió que leer a Titchener o a Wundt daba igual. Pero en los últimos años, un análisis más objetivo y cuidadoso de las fuentes publicadas permitió vislumbrar que las cosas, en realidad, son sensiblemente diferentes. Algunos errores hubieron de sobrevenir por una mala, parcializada o tal vez interesada lectura del discípulo sobre los postulados teóricos enarbolados por el maestro. Hemos dicho que Boring (1983) fue quien mejor perpetuó este retrato distorsionado, por lo que autores como Hergenhahn & Henley (2013) se preguntan cómo pudo él sostener la presunta identidad de ambos, dado que conocía en detalle sus respectivos sistemas y trabajó extensamente bajo la dirección de Titchener. Wundt no era reduccionista, ni elementalista ni estructuralista, como frecuentemente se le atribuye (Hothersall, 1997). Pero pese a la versión comúnmente recibida, los puntos de divergencia indudablemente existieron. Uno de los contrastes fundamentales concierne a la misma esencia de la psicología. Wundt nunca realizó un corte muy abrupto o definitivo con la filosofía, y varias de sus publicaciones relevantes concernían a tales asuntos. En cambio, Titchener defendió de manera persuasiva la autonomía científica de la psicología con respecto a la esfera filosófica (Titchener, 1896, 1898a, 1918). Los dos tuvieron apoyos desiguales en lo que hace a la fundamentación metateórica. El pensamiento de Wundt guardaba conexiones con la tradición alemana del siglo XVIII, y en lo que atañe a la estructura de su teoría, estuvo vinculado con el romanticismo (van Hoorn, 2004). Titchener era tributario del asociacionismo británico (Beenfeldt, 2013), y lo mismo que sus acólitos, veía a la mente como un receptor de estímulos. El contenido mental era cualquier cosa que ingresara a través de los sentidos. El propósito fue entender cómo la experiencia compleja podía formarse de las combinaciones de estos elementos. Para Titchener, las sensaciones, imágenes y afectos eran los compuestos de la mente (Fuchs & Milar, 2003). Wundt consideraba que la psicología debe

analizar la experiencia inmediata, aunque Titchener no se mostró muy convencido por la diferencia entre ésta y la experiencia mediata (Cheung Chung & Hyland, 2012). Eso le permitió estudiar los procesos mentales con la aplicación única del método experimental, aún los superiores, para los que Wundt reservó la *Völkerpsychologie*. A Titchener, esta vertiente le pareció una desviación innecesaria, un extravío lamentable, y la ignoró por completo. Wundt (1897) definió a la psicología como “ciencia de la experiencia inmediata”, en tanto para Titchener (1896), era la “ciencia de los procesos mentales”.

En la visión de Titchener, la conciencia era la sumatoria de las experiencias mentales en un determinado momento, y la mente, la acumulación de cada experiencia acopiada por el individuo desde su infancia hasta el presente. Pero mientras Wundt procuró explicar la realidad consciente en base a procesos inferidos, Titchener se limitó a la descripción de los fenómenos, guiado por su aceptación de Ernst Mach, que rechazaba toda especulación en la ciencia. Wundt esperaba que los sujetos describieran una experiencia mental que aparecía desencadenada por un estímulo, para luego, sobre ellos, ejercer su minucioso control. Pero Titchener usó una modalidad que podría considerarse “más complicada”, al decir de Hergenhahn & Henley (2013). Con él, los participantes describían sus experiencias internas aislando, al mismo tiempo, sus elementos componentes, lo cual exigía que los sujetos recibieran previamente un entrenamiento riguroso para evitar que confundieran sus vivencias simples con los significados asignados a los estímulos. Wundt no tuvo que hacer eso. Titchener elaboró una psicología de los elementos mentales, en tanto Wundt consideró muy difícil y aun imposible aislar completamente los factores que se hallan en los compuestos de la mente, ya que no existen con plena independencia de la forma que adquieren en cada situación (Wertheimer, 2012). En cierto modo, cabe afirmar que el uso que Wundt hacía de los datos coincidía con el ámbito de la percepción interna (*innere Wuhmehmung*) y que Titchener, si bien utilizó

ésta, se apoyó igualmente, o quizás mayoritariamente, en la auto-percepción (*Sehtbeobachtung*), que Wundt había despachado como poco confiable.

La concepción acerca de los elementos psíquicos tampoco resultó enteramente homogénea. Para Wundt (1897), aquéllos que se pueden obtener mediante el análisis, es decir los denominados psíquicos, eran de dos tipos: los que corresponden a la sensación y son contenidos objetivos, como el calor, la luz, etc., y los afectivos o sentimientos simples, que acompañan diferentes clases de impresiones de luz, sonidos, gustos, etc. Titchener (1908) modificó este esquema, distinguiendo a las sensaciones, que eran elementos de las percepciones, las imágenes o las ideas, y los afectos o emociones. También incluyó la atención, que junto a los demás aspectos conformaba los fundamentos de su psicología. La opinión que Titchener tuvo en relación a las emociones difería de la perspectiva que adoptó Wundt, para quien constituían variables más complejas y dispuestas en tres dimensiones: 1) placentero/displacentero; 2) activación alta o excitación/activación baja o calma y 3) atención relajada o relajación/atención concentrada o tensión. En contrapartida, Titchener solamente aceptó la existencia de la primera.

Los conceptos y teorías de Titchener, y por añadidura los de su mentor, deben ser no sólo formulados sino entendidos en los términos de la época y de los autores que los formularon, es decir, tomando en cuenta el *zeitgeist*. Es innegable que la psicología le adeuda a Titchener el haber luchado por su consolidación como una disciplina reconocida por su carácter científico, y que en este sentido, llegase a ocupar un sitio comparable al de otras ciencias. Para él, esto se lograría únicamente por la aplicación irrestricta del método experimental. Aunque también es cierto que su visión de la metodología tuvo sus particularidades, que muchos, aún en sus días, no compartieron, y en los nuestros, han conceptualizado como extravagantemente analítica (Kimble, 1996). Pero hasta sus críticos tuvieron para él una actitud de sobrio respeto, por su decidido compromiso en la promoción de un perfil científico para la psicología y la gran energía demostrada

en la producción de textos destinados a la formación de las futuras generaciones de psicólogos. Pese a que algunos rechazaran su orientación y énfasis exclusivo en la introspección, pudieron ver en Titchener a un portavoz y líder de los objetivos científicos de lo que entonces se denominaba la nueva psicología (Capshaw, 1992) y lo apreciaban como un académico meritorio (Villa, 1903). Del estructuralismo, sin embargo, casi nada ha quedado. Se han conjeturado resonancias de Titchener en las modernas elaboraciones de la ciencia cognitiva, pero es probable que, si estas conexiones existen, sean más por una afinidad indirecta que por una influencia teórica muy fuerte o determinante. Excepción hecha de los libros de historia de la psicología, los manuales modernos no lo citan siquiera. Además, quienes hoy utilizan el método experimental, es dudoso que se muestren benévolos con el uso de la introspección, o que la consideren un procedimiento confiable. Aun así, no debemos olvidar que la historia en ocasiones produce cambios inesperados, y que algunas contribuciones que ya parecen “superadas”, eventualmente recuperan algo de su pérdida validez. Hothersall (1997) cree que la intransigencia de Titchener sobre su metodología de investigación como la única válida y su oposición tenaz a la psicología aplicada refrenó un mayor crecimiento de la disciplina. Los psicólogos con intereses históricos saben que el estudio de académicos como Titchener permite aislar conclusiones importantes sobre los procesos que modelan la psicología y fomentan su evolución. Por ello, el aniversario de su nacimiento es una de esas coyunturas óptimas para entender y discutir a una de las figuras de reconocible impacto en el origen de la psicología científica, y situar su contribución en el contexto que le corresponde. 

Received: 26/04/2017
Accepted: 31/08/2017

REFERENCIAS

- Alexander, T. M. (1987). John Dewey's theory of art, experience, and nature: The horizons of feeling. Albany: State University of New York Press.
- Araujo, S. F. (2014). The emergence and development of Bekhterev's psychoreflexology in relation to Wundt's experimental psychology. *Journal of the History of the Behavioral Sciences*, 50(2), 189–210.
- Araujo, S. F. (2016). Wundt and the philosophical foundations of Psychology: A Reappraisal. New York: Springer.
- Baldwin, J. M. (1889). *Handbook of Psychology*. New York: Henry Holt and Company, 2 volumenos.
- Bechterew, W. (1913). *La psychologie objective*. Paris: Librairie Félix Alcan.
- Beenfeldt, C. (2013). The philosophical background and scientific legacy of E. B. Titchener's psychology: Understanding introspectionism. New York: Springer.
- Benjamin, Jr., L. T. (2006). A history of psychology in letters. Malden: Blackwell, Segunda Edición.
- Benjamin Jr., L. T. (2008). Psychology before 1900. En S. F. Davis & W. Buskist (Eds.), *21st century psychology: A reference handbook* Vol. 1 (pp. 2-11). Thousand Oaks: Sage.
- Benjamin, Jr., L. T., Bryant, W. H. M., Campbell, C. & Luttrell, J. (1997). Between Psoriasis and Ptarmigan: American Encyclopedia portrayals of psychology, 1880-1940. *Review of General Psychology*, 1(1), 5-18.
- Benjamin, Jr., L. T., Durkin, M., Link, M., Vestal, M. & Acord, J. (1992). Wundt's American doctoral students. *American Psychologists*, 47(2), 123-131.
- Blumenthal, A. R. (1975). A reappraisal of Wilhelm Wundt. *American Psychologist*, 30(11), 1081-1088.
- Blumenthal, A. R. (1985). Wilhelm Wundt: Psychology as the propaedeutic science. En C. E. Buxton (Ed.), *Points of view in the modern history of psychology* (pp. 19-50). Orlando: Academic Press.
- Boakes, R. A. (1989). *Historia de la psicología animal. De Darwin al conductismo*. Madrid: Alianza.
- Boring, E. G. (1948). The nature of psychology. En E. G. Boring, H. S. Langfeld & H. P. Weld (Eds.), *Foundations of psychology* (pp. 1-18). New York: Wiley.
- Boring, E. G. (1983). *Historia de la psicología experimental*. México: Trillas.
- Brett, G. S. (1921). *A History of Psychology, Vol. III: Modern Psychology*. London: George Allen & Unwin Ltd.
- Brock, A. C. (2006). Postscript. En A. C. Brock (Ed.), *Internationalizing the history of psychology* (pp. 226-240). New York: New York University Press.
- Bunge, M. & Ardila, R. (2002). *Filosofía de la Psicología*. México DF: Siglo XXI Editores.
- Caldwell, W. (1899). The postulates of a structural psychology. *Psychological Review*, 6, 187-191.
- Capshew, J. H. (1992). Psychologists on site: A reconnaissance of the historiography of the laboratory. *American Psychologist*, 47(2), 132-142.
- Caycho, T., Barboza Palomino, M., Arias, W., Gallegos, M. & Salas, G. (2016). Análisis de la correspondencia entre Walter Blumenfeld y Edwin Boring (1956-1958): Aportes para la Historia de la Psicología Experimental en el Perú. *Cuadernos de Neuropsicología / Panamerican Journal of Neuropsychology*, 10(3), 32-45. Tomado de: <http://www.cnps.cl/index.php/cnps>
- Caycho Rodríguez, T., Arias Gallegos, W. L. & Barboza Palomino, M. (2015). Correspondencia entre Walter Blumenfeld y Edwin G. Boring (1956-1958). Lima: Sociedad Peruana de Historia de la Psicología/Adrus Editores.

- Chemero, A. (2009). *Radical embodied cognitive science*. Cambridge: The MIT Press.
- Cheung Chung, M. & Hyland, M. E. (2012). *History and Philosophy of Psychology*. Malden: Wiley-Blackwell.
- Costall, A. (2006). 'Introspectionism' and the mythical origins of scientific psychology. *Consciousness and Cognition*, 15(4), 634-654.
- Danziger, K. (1979). The positivist repudiation of Wundt. *Journal of the History of the Behavioral Sciences*, 15(3), 205-230.
- Danziger, K. (1980). The history of introspection reconsidered. *Journal of the History of the Behavioral Sciences*, 16(3), 241-262.
- Danziger, K. (1983). Origins and basic principles of Wundt's *Völkerpsychologie*. *British Journal of Social Psychology*, 22, 303-313.
- Danziger, K. (1990). *Constructing the subject. Historical origins of psychological research*. New York: Cambridge University Press.
- Danziger, K. (1997). *Naming the mind. How psychology found its language*. Londres: Sage.
- Danziger, K. (2001). Wundt and the temptations of psychology. En R. W. Rieber & D. K. Robinson (Eds.), *Wilhelm Wundt in history: The making of a scientific psychology* (pp. 69-94). New York: Springer Science.
- Danziger, K. (2006). Universalism and indigenization in the history of modern psychology. En A. C. Brock (Ed.), *Internationalizing the history of psychology* (pp. 208-225). New York: New York University Press.
- Danziger, K. (2008). *Marking the mind: A history of memory*. New York: Cambridge University Press.
- Dewey, J. (1887). *Psychology*. New York: Harper & Brothers.
- Dewey, J. (1896). The reflex arc concept in psychology. *Psychological Review*, 3, 357-370.
- Diamond, S. (2001). Wundt before Leipzig. En R. W. Rieber & D. K. Robinson (Eds.), *Wilhelm Wundt in history: The making of a scientific psychology* (pp. 1-68). New York: Springer Science.
- Dupéron, I. (2000). G. T. Fechner. *Le parallelisme psychophysique*. Paris: Presses Universitaires de France.
- Evans, R. B. (1984). E. B. Titchener and American experimental psychology. *Revista de Historia de la Psicología*, 5(1-2), 117-125.
- Evans, R. B. (2014). E. B. Titchener on scientific psychology and technology. En G. A. Kimble, M. Wertheimer & C. White (Eds.), *Portraits of pioneers in Psychology* (pp. 88-103). New York: Psychology Press (publicación original: 1991).
- Evans, R. B. & Cohen, J. B. (1987). The American Journal of Psychology: A retrospective. *American Journal of Psychology*, 100(3-4), 321-362.
- Fernandes Marcellos, C. & Araujo, S. F. (2011). A questão da consciência na psicologia de Wilhelm Wundt. *Estudos e Pesquisas em Psicologia*, 11(1), 311-332. Tomado de: www.revispsi.uerj.br
- Frierson, P. R. (2014). *Kant's empirical psychology*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Fuchs, A. H. & Milar, K. S. (2003). Psychology as a science. En D. K. Freedheim & I. B. Weiner (Eds.), *Handbook of Psychology, Volume 1: History of Psychology* (pp. 1-26). Hoboken: Wiley.
- García, J. E. (2005). El joven Eusebio Ayala y la psicología paraguaya. *Teoría e Investigación en Psicología*, 14, 46-90.
- García, J. E. (2006). Relaciones históricas entre la psicología y la educación en Paraguay. *Psicologia da Educação*, 22, 95-137.

- García, J. E. (2016). En el camino de la psicología aplicada (Primera parte): Mesmerismo y fisiognomía. *Arandu-UTIC, Revista Científica Internacional*, 3(1), 36-84.
- Goodwin, C. J. (1985). On the origins of Titchener's Experimentalists. *Journal of the History of the Behavioral Sciences*, 21(4), 383-389.
- Goldenweiser, A. (1933). *History, Psychology, and Culture*. London: Kegan Paul, Trubner & Co.
- Goodwin, C. J. (2010). *Research in Psychology: Methods and Design*. Hoboken: Wiley, Sexta Edición.
- Graumann, C. F. (1993). Perspectival structure and dynamics of knowledge. En H. van Rappard, P. J. van Strien, L. P. Mos & W. J. Baker (Eds.), *Annals of Theoretical Psychology*, Volume 8 (pp. 119-125). New York: Springer.
- Green, C. D. (2009a). The curious rise and fall of experimental psychology in Mind. *History of the Human Sciences*, 22(1), 37-57.
- Green, C. D. (2009b). Darwinian Theory, Functionalism, and the first American psychological revolution. *American Psychologist*, 64(2), 75-83.
- Green, C. D. (2010). Scientific objectivity and E. B. Titchener's experimental psychology. *Isis*, 101, 697-721.
- Greenwood, J. D. (2009). *A conceptual history of psychology*. New York: McGraw-Hill.
- Hatfield, G. (2002). Psychology, Philosophy, and Cognitive Science: Reflections on the history and philosophy of Experimental Psychology. *Mind & Language*, 17(3), 207-232.
- Hergenhahn, B. R. & Henley, T. B. (2013). *An introduction to the History of Psychology*. Boston: Cengage Learning, Séptima Edición.
- Hoffman, R. R., Cochran, E. L. & Nead, J. M. (1990). Cognitive metaphors in experimental psychology. En D. E. Leary (Ed.), *Metaphors in the history of psychology* (pp. 173-229). Cambridge: Cambridge University Press.
- Hothersall, D. (1997). *Historia de la Psicología*. México: McGraw-Hill.
- Houssiadass, L. (1992). Greece. En V. Staudt Sexton & J. D. Hogan (Eds.), *International Psychology. Views from around the world* (pp. 182-189). Lincoln: University of Nebraska Press.
- James, W. (1890). *The Principles of Psychology*. New York: Henry Holt and Company, 2 volúmenes.
- Jastrow, J. (1886). Experimental Psychology in Leipzig. *Science*, 8(198), 459-462.
- Jones, D. & Elcock, J. (2001). *History and theories of psychology: A critical perspective*. London: Arnold.
- Kantowitz, B. H., Roediger III, H. L. & Elmes, D. G. (2009). *Experimental Psychology*. Belmont: Wadsworth, Cengage Learning.
- Kimble, G. A. (1996). *Psychology: The hope of a science*. Cambridge MA: The MIT Press.
- Klappenbach, H. A. (1994). La recepción de Wundt en la Argentina. 1907: Creación del segundo curso de psicología en la Universidad de Buenos Aires. *Revista de Historia de la Psicología*, 15(1-2), 181-197.
- Kuehn, M. (2001). *Kant: A biography*. New York: Cambridge University Press.
- Kuhn, T. (1970). *The structure of scientific revolutions*. Chicago: The University of Chicago Press, Segunda Edición.
- Külpe, O. (1895). *Outlines of psychology, based upon the results of experimental investigation*. New York: New York: Macmillan & Co. (Traducción de E. B. Titchener).
- Külpe, O. (1897). *Introduction to Philosophy. A textbook for students of psychology, logic, ethics, aesthetics and general philosophy*. New York: Macmillan Co. (Traducción de W. B. Pillsbury & E. B. Titchener).
- Lawson, R. B., Graham, J. E. & Baker, K. M. (2016). *A history of psychology: Globalization, ideas, and applications*. New York: Routledge.

- Leahey, T. H. (1981). The mistaken mirror: On Wundt's and Titchener's psychologies. *Journal of the History of the Behavioral Sciences*, 17(2), 273-282.
- Leahey, T. H. (1998). *Historia de la Psicología. Principales corrientes en el pensamiento psicológico*. Madrid: Prentice Hall, Cuarta Edición.
- Madsen, K. B. (1988). *A history of psychology in metascientific perspective*. Amsterdam: North Holland.
- Malone, J. C. (2009). *Psychology: Pythagoras to present*. Cambridge, Massachusetts: Bradford Books/The MIT Press.
- Mandler, G. (2007). *A history of modern experimental psychology. From James and Wundt to cognitive science*. Cambridge MA: Bradford Books/The MIT Press.
- Mann, W. (1908). Memoria sobre la instalación del laboratorio de psicología experimental. *Anales de la Universidad de Chile*, 123, 279-340.
- Merani, A. L. (1982). *Historia crítica de la Psicología*. Barcelona: Grijalbo.
- Mülberger, A. (2012). Wundt contested: The first crisis declaration in psychology. *Studies in the History and Philosophy of Biological and Biomedical Sciences*, 43, 434-444.
- Murray, D. J. (1999). Wilhelm Wundt. En R. A. Wilson y F. C. Keil (Eds.), *The MIT Encyclopedia of the Cognitive Sciences* (pp. 896-897). Cambridge: The MIT Press.
- Nicolas, S. (2005). Wundt et la fondation en 1879 de son laboratoire. *Histoire documentaire de la création et du développement de l'Institut de Psychologie Expérimentale de Leipzig. L'année psychologique*, 105(1), 133-170.
- Nicolas, S. & Ferrand, L. (1999). Wundt's laboratory at Leipzig in 1891. *History of Psychology*, 2(3), 194-203.
- Nicolas, S., Gras, D. & Segui, J. (2011). Alfred Binet et le laboratoire de Psychologie de la Sorbonne. *L'année psychologique*, 111(2), 291-325.
- Nicolas, S. & Murray, D. J. (1999). Théodule Ribot (1839-1916), founder of French psychology: A biographical introduction. *History of Psychology*, 2(4), 277-301.
- Nishikawa, Y. (2005). An overview of the history of psychology in Japan and the background to the development of the Japanese Psychological Association. *Japanese Psychological Research*, 47(2), 63-72.
- Ovejero Bernal, A. (1994). Wilhelm Wundt: ¿Fundador de la psicología experimental no social o de la psicología social no experimental? *Revista de Historia de la Psicología*, 15(1-2), 123-150.
- Oyama, T., Sato, T. & Suzuki, Y. (2001). Shaping of scientific psychology in Japan. *International Journal of Psychology*, 36(6), 396-406.
- Pambookian, H. S. (1992). Armenia. En V. Staudt Sexton & J. D. Hogan (Eds.), *International Psychology. Views from around the world* (pp. 13-24). Lincoln: University of Nebraska Press.
- Parra Moreno, D. (2015). Un análisis historiográfico sobre las relaciones entre psicología y educación en Chile (1889-1973). *Revista de Historia de la Psicología*, 36(2), 95-114.
- Pickren, W. E. & Rutherford, A. (2010). *A history of modern psychology in context*. Hoboken: Wiley.
- Pongratz, L. J. (1981). La controversia entre W. Wundt y K. Bühler. *Revista de Historia de la Psicología*, 2 (1), 19-35.
- Pucciarelli, E. (1950). Félix Krueger y su aportación a la psicología actual. En L. J. Guerrero (Ed.), *Actas del Primer Congreso Nacional de Filosofía, Mendoza, Argentina, Marzo 30-Abril 9, 1949, Tomo I* (pp. 600-606). Buenos Aires: Universidad Nacional de Cuyo.

- Richards, G. (2002). Putting psychology in its place. A critical historical overview. London: Routledge, Segunda Edición.
- Rieber, R. W. (1980). Wundt and the Americans: From flirtation to abandonment. En R. W. Rieber (Ed.), *Wilhelm Wundt and the making of a scientific psychology* (pp. 137-151). New York: Plenum.
- Robinson, D. N. (1995). *An intellectual history of psychology*. Madison: University of Wisconsin Press, Tercera Edición.
- Salas Contreras, G. (2012). La influencia europea en los inicios de la historia de la psicología en Chile. *Revista Interamericana de Psicología*, 46(1), 99-110.
- Salazar, J. M. (2001). La psicología en Venezuela: Orígenes, desarrollo, proyecciones. *Revista de Historia de la Psicología*, 22(1), 41-56.
- Sánchez Sosa, J. J. & Valderrama-Iturbe, P. (2001). Psychology in Latin America: Historical reflections and perspectives. *International Journal of Psychology*, 36(6), 384-394.
- Schönpflug, W. (2015). History of Psychology in Germany. *Československá Psychologie*, 59(2), 187-198.
- Schultz, D. P. & Schultz, S. E. (2011). *A history of modern psychology*. Belmont: Wadsworth, Cengage Learning, Decima Edición.
- Shanteau, J. (1999). Decision making by experts: The GNAHM Effect. En J. Shanteau, B. A. Mellers & D. A. Schum (Eds.), *Decision science and technology: Reflections on the contributions of Ward Edwards* (pp. 105-130). New York: Springer Science.
- Shirayev, E. (2014). *A History of Psychology. A global perspective*. London: Sage, Second Edition.
- Simonton, D. K. (1999). Significant samples: The psychological study of eminent individuals. *Psychological Methods*, 4(4), 425-451.
- Simonton, D. K. (2002). *Great psychologists and their times. Scientific insights into psychology's history*. Washington DC: American Psychological Association.
- Smith, L. D. (1990). Metaphors of knowledge and behavior in the behaviorist tradition. En D. E. Leary (Ed.), *Metaphors in the history of psychology* (pp. 239-266). Cambridge: Cambridge University Press.
- Smith, R. (2013). *Between mind and nature: A history of psychology*. London: Reaktion Books.
- Sokal, M. M. (1992). Origins and early years of the American Psychological Association, 1890-1906. *American Psychologist*, 47(2), 111-122.
- Stratton, G. M. (1908). *Experimental Psychology and its bearing upon culture*. New York: The Macmillan Company.
- Titchener, E. B. (1895). Simple reactions. *Mind*, 4, 74-81.
- Titchener, E. B. (1896). *An outline of psychology*. New York: The Macmillan Company.
- Titchener, E. B. (1898a). *A primer of psychology*. New York: The Macmillan Company.
- Titchener, E. B. (1898b). The postulates of a structural psychology. *The Philosophical Review*, 7(5), 449-465.
- Titchener, E. B. (1899). Structural and functional psychology. *The Philosophical Review*, 8(3), 290-299.
- Titchener, E. B. (1900). The equipment of a psychological laboratory. *The American Journal of Psychology*, 11(2), 251-265.
- Titchener, E. B. (1901). *Experimental Psychology: A manual of laboratory practice. Volume I: Qualitative experiments, Part 1. Students manual*. New York: The Macmillan Company.
- Titchener, E. B. (1905). *Experimental Psychology: A manual of laboratory practice. Volume II: Quantitative experiments, Part 1. Students manual*. New York: The Macmillan Company.

- Titchener, E. B. (1908). *Lectures on the elementary psychology of feeling and attention*. New York: The Macmillan Company.
- Titchener, E. B. (1912). The schema of introspection. *The American Journal of Psychology*, 23(4), 485-508.
- Titchener, E. B. (1918). *A beginner's psychology*. New York: The Macmillan Company.
- Titchener, E. B. (1928). *A text-book of psychology*. New York: The Macmillan Company (publicacion original: 1909).
- Titchener, E. B. (1929). *Systematic psychology: Prolegomena*. New York: The Macmillan Company.
- Tortosa, F., Catalayud, C., Carbonell, E. & Pérez-Garrido, A. (1995). Edward Bradford Titchener en el laberinto de los espejos ¿unidad en la diversidad? *Revista de Historia de la Psicología*, 16 (3-4), 361-374.
- Tortosa Gil, F., Carpintero Capell, H. & Peiró Silla, J. M. (1987). La psicología americana a través del *American Journal of Psychology*. *Revista de Historia de la Psicología*, 8 (1-2), 5-37.
- Tur, A. M., Samper, P., Mestre, V. & Pérez Delgado, E. (1997). Jalones históricos de la implantación y consolidación de la disciplina "Historia de la Psicología" en USA. *Revista de Historia de la Psicología*, 18(3-4), 525-537.
- Valderrama, P., Colotla, V. A., Gallegos, X. & Jurado, S. (1994). *Evolución de la psicología en México*. México: El Manual Moderno.
- Van Heerden, J. (1993). Association, free association and the logic of conversation. En H. J. Stam, W. Thorngate, L. P. Mos & B. Kaplan (Eds.), *Recent trends in theoretical psychology, Volume III* (pp. 179-184). New York: Springer-Verlag.
- van Hoorn, W. (2004). The missing link of historical psychology. En A. C. Brock, J. Louw & W. van Hoorn (Eds.), *Rediscovering the History of Psychology: Essays inspired by the work of Kurt Danziger* (pp. 161-182). New York: Kluwer Academic.
- van Rappard, H. (2004). Wundt as an activity/process theorist: An event in the history of psychological thinking. En A. C. Brock, J. Louw & W. van Hoorn (Eds.), *Rediscovering the History of Psychology: Essays inspired by the work of Kurt Danziger* (pp. 141-160). New York: Kluwer Academic.
- van Strien, P. J. (2004). Paris, Leipzig, Danziger, and beyond. En A. C. Brock, J. Louw & W. van Hoorn (Eds.), *Rediscovering the History of Psychology: Essays inspired by the work of Kurt Danziger* (pp. 75-96). New York: Kluwer Academic.
- Villa, G. (1903). *Contemporary Psychology*. London: Swan Sonnenschein & Co. Ltd.
- Walsh-Bowers, R. (2004). Expanding the terrain of Constructing the subject: The research relationship in interpersonal areas of psychology. En A. C. Brock, J. Louw & W. van Hoorn (Eds.), *Rediscovering the History of Psychology: Essays inspired by the work of Kurt Danziger* (pp. 97-118). New York: Kluwer Academic.
- Warren, H. C. (1921). *A history of the association psychology*. New York: Charles Scribner's Sons.
- Washburn, M. F. (1917). *The animal mind. A text-book of Comparative Psychology* (2da Edición). New York: The Macmillan Company.
- Watson, J. B. (1914). *Behavior. An Introduction to Comparative Psychology*. New York: Henry Holt and Company.
- Wertheimer, M. (2012). *A brief History of Psychology*. New York: Psychology Press, Quinta Edición.
- Wundt, W. (1874). *Grundzüge der Physiologischen Psychologie*. Leipzig: Wilhelm Engelmann.
- Wundt, W. (1894). *Lectures on human and animal psychology*. New York: Macmillan & Co. (Traducción de J. E. Creighton y E. B. Titchener).

- Wundt, W. (1897). *Outlines of Psychology*. New York: Gustav E. Stechert (Traducción de Charles Hubbard Judd).
- Wundt, W. (1902). *Ethics: An investigation of the facts and laws of the moral life*. Vol. 1: The facts of the moral life. London: Swan Sonnenschein & Co. (Traducción de Julia Gulliver y Edward Bradford Titchener).
- Wundt, W. (1904). *Principles of Physiological Psychology*, Vol. I. New York: The Macmillan Co. (Traducción de E. B. Titchener).
- Wundt, W. (1916). *Elements of folk psychology. Outlines of a psychological history of the development of mankind*. New York: The Macmillan Company (Traducción de Edward Leroy Schaub).
- Young, J. L. & Green, C. D. (2013). An exploratory digital analysis of the early years of Stanley Hall's *American Journal of Psychology and Pedagogical Seminary*. *History of Psychology*, 16(4), 249-268.
- Zehr, D. (2000). Portrayals of Wundt and Titchener in introductory psychology texts: A content analysis. *Teaching of Psychology*, 27(2), 122-126.